

ALFAGUARA JUVENIL

Las visitas

Silvia Schujer





1991, SILVIA SCHUJER

De esta edición

ALFAGUARA


1991, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP) Ciudad de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-0110-0

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de edición argentina

Impreso en la México. *Printed in Mexico*

Primera edición: noviembre de 1991

Segunda edición: abril de 1995

Decimocuarta reimpresión: julio de 2004

Tercera edición: abril de 2005

Décima reimpresión: enero de 2011

Diseño de la colección: MANUEL ESTRADA

Una editorial del Grupo **Santillana** que edita en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Colombia • Costa Rica • Chile • Ecuador
El Salvador • EE.UU. • Guatemala • Honduras • México • Panamá • Paraguay
Perú • Portugal • Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Schujer, Silvia

Las visitas - 3a ed. 10a reimp. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus,
Alfaguara, 2011.

96 p. ; 20x12 cm. (Azul)

ISBN 978-987-04-0110-0

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina I. Título
CDD A863.928 2.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Las visitas

Silvia Schujer

Ilustraciones de Pablo Bernasconi

ALFAGUARA


A Daniel Fernández

¡Qué estúpido, Dios mío! ¡Qué estúpido!
¡¿Cómo pude no darme cuenta durante tanto tiempo?! Casi dos años y yo, sin la más mínima sospecha. Sospechar... ¡Qué iba a sospechar!

No. De nada ni de nadie. Ni de los preparativos de los sábados, ni de las salidas del domingo que mi mamá hacía con los paquetes y con mi hermana mientras yo me quedaba en lo de Tati.

Tatiana... A ella sí que no la vi más. Era la hija de una vecina que ahora no me acuerdo cómo se llama. Me llevaba tres años y me tenía de hijo. "Me cuidaba". Ella decía que me cuidaba pero la verdad es que yo era su juguete preferido. También... Me obligaba a jugar a la maestra, entonces me usaba de alumno y me ponía en la misma fila que a unos cuantos muñecos. ¡Lindo papel el mío! Pero bueno. Para esa época yo tenía cuatro años. ¡Cuatro años! Quién va a dudar de lo que le dicen a los cuatro años. Porque cuando uno es chico no piensa. Bueno, sí piensa, está bien. Pero derechito, para un solo lado. Uno no se imagina que una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo.

En serio. Si a uno de chico le dicen que algo es blanco, lo toma por blanco y punto. Quiero decir: yo era muy pendejo como para no creermela historia de que mi papá se había ido de viaje y que algún día iba a volver. ¿Por qué no? Después de todo no

era tan descabellada. Por lo menos era una buena explicación para entender por qué no estaba.

Es que la cosa fue así. Un jueves. De eso no me voy a olvidar nunca.

El jueves era el día que mi mamá amasaba pizza. Para nosotros y para vender en la panadería de Cosme. A mi papá le encantaba la pizza. Pero que ella trabajara, no. Ni siquiera en casa preparando bollos. De eso también me acuerdo. De lo que mi mamá le decía: que quería juntar plata; y de lo que mi papá le contestaba: que para eso estaba él.

Yo estaba en lo de Tati, para variar. Tomando la leche en la casa de ella como todos los jueves. Era lindo tomar la leche ahí porque Tati me hacía jugar al hijo. Pero al hijo querido. No sé por qué los jueves. Me sentaba, me ponía una servilleta en el cuello (eso me reventaba) y no me dejaba mover de la silla hasta que traía todo lo que encontraba en la cocina. Cortaba el pan en rodajas y las untaba con manteca y miel. Excelente. Sólo que me hacía comer hasta que el pan me salía por las orejas. Pero era lindo. La mamá de Tatiana era maestra.

A eso de las seis y media me llevó a mi casa peinado y perfumado con una colonia asquerosa que su papá usaba para después de afeitarse.

En casa estaba mi mamá terminando los bollos para las pizzas y mi hermana haciendo los deberes. La televisión hablaba sola. Me acuerdo. Me acuerdo lo de la tele porque ese día cuando llegué me puse a mirarla pensando cómo harían las personas para meterse en un cuadrado tan chico. Me acuerdo que le pregunté a Patricia y me contestó con voz de saberlo todo que las imágenes venían por el cable. Sí. Y que yo sin decir nada empecé a tocarlo así, así, así, hasta que llegué al enchufe. Y desenchufé y me puse a mirar las dos patitas y los agujeros en la pared y no vi nada, por supuesto. Y que no sé qué iba a hacer, cuando apareció mi mamá y pegó un grito que casi rompe los vidrios.

Y mirá vos. Ese jueves ella me dijo que cuando llegara mi papá “ya iba a ver” (tal cual, esas palabras) porque yo sabía que eso no había que tocarlo y bla bla bla. Cuando llegara mi papá...

El asunto es que yo me quedé con una amargura terrible pensando en cuando llegara mi viejo.

Como se hizo un poco tarde, nos sentamos a cenar: Patricia, mi mamá y yo, solos. Y me acuerdo que a cada rato ella se asomaba por la ventana, se volvía a sentar, miraba la hora, se volvía a parar, metía en el horno las prepizzas para llevar a la panadería, miraba fijo por la ventana, ponía la radio más fuerte cuando daban las noticias. Hasta que se hizo muy tarde y la mandó a mi hermana a hablar por teléfono desde lo de Tati. Y a mí, me acostó medio vestido.

Sí. Creo que yo quería preguntar por él, pero como me esperaba la paliza por lo del enchufe, no dije nada, me dejé acostar y cerré bien fuerte los ojos. ¿Nunca se te ocurrió que cerrando bien fuerte los ojos te podés dormir más rápido? Bueno. Yo creía eso. Entonces los cerré con todo, y aunque no me fue tan fácil, terminé durmiéndome como un angelito.

Y sí. Antes de dormirme... O no... En realidad no pensé nada raro. Salvo que dormido me salvaba de la paliza. Porque en mi casa era bastante común que de un día para otro las cosas pasaran al olvido. ¿O eso lo pienso ahora? No sé...

A la mañana, cuando me desperté, en mi casa no había nadie. Nadie. Pero enseguida llegó mi hermana y me gritó desde el comedor que me levantara porque iba a venir a buscarnos mi tía Negra.

Cuando le pregunté dónde estaba mi mamá, ella me contestó que había ido a la panadería. Y cuando le pregunté por el viejo me dijo que se había ido de viaje y me había dejado un beso. Así nomás. Que se había ido de viaje y que iba a volver pronto. Lo mismo que después me dijo mi tía Negra. Y a los

dos días, mi mamá. Y la mamá de Tati cuando me vio.

Mirá vos. Ahora tengo una duda. Me pregunto si Tati sabría la verdad o a ella también le habían hecho tragar el sapo del viaje. Porque cuando dos años después yo me enteré que lo del viaje era mentira, que mi papá estaba en la cárcel desde la noche que me salvé de la paliza, fui y se lo dije a ella. Y Tati se me quedó mirando. Y no dijo nada, che, nada. Como si le hubieran cosido la boca.

II

Yo hubiera preferido saber la verdad de entrada. Y si no, no saberla nunca. Para qué.

Y es que una cosa es pensar que tu papá de buenas a primeras se tomó el buque para ir a trabajar a otro país. Y otra, muy diferente, enterarte que una noche no volvió a tu casa porque lo metieron preso. Preso, ¿entendés? Y todo mientras vos, muy tranquilo, te hacés drama pensando que él se fue sin una mísera despedida. Es distinto. Y no me preguntés qué es mejor porque se trata de elegir entre dos ausencias y además el resultado está bastante lejos de ser una cuestión de gustos.

No sé si me jodió que me dijeran que estaba preso. No se qué me jodió más, mejor dicho. Me dejó helado. Me confundió. ¡Me dio una bronca...! Pero no lo de la cárcel, porque creo que muy bien no podía imaginarme esa situación, sino lo del viaje. No entendía nada. Y para colmo en ese momento. Era domingo y, al otro día, yo empezaba el colegio primario.

Era mi primer día de clase, ¿te das cuenta? Hacía como dos meses que estaba esperando estrenarme el delantal. Tati y mi hermana me habían dado toda la manija del mundo con eso de empezar el colegio, aprender a leer y yo qué sé.

Me arruinaron el pastel con semejante noticia. Porque esa noche yo quería acostarme temprano y

pensar en la cartuchera que me había regalado mi tía Negra. Siempre me gustó reservarme para la noche los pensamientos interesantes... Me acuerdo patente: la cartuchera era una especie de caja que se cerraba por la atracción de un imán. Muchos lápices no entraban, pero era fabulosa porque por fuera era medio brillante. Tenía dibujados unos bichos prehistóricos que parecían moverse cuando la cambiabas de posición. Buenísima.

Y yo quería pensar en eso y en cómo iba a ser la cara de mis compañeros, la de la maestra; y que no tenía que olvidarme de poner un pañuelo en el bolsillo del delantal. También...

Pero se me cruzaba lo del viaje y... ¿Viste? Viaje y viejo tienen las mismas consonantes. No. Nada que ver, pero se me ocurrió ahora. En qué pensaba... en qué pensaba... Ahora no estoy muy seguro, pero sentía que algo me molestaba. Porque si no estaba de viaje, como me habían dicho, ¿por qué no volvía a casa de una vez por todas? ¿Cuánto tiempo se podía estar preso? Supongo que lo extrañaba.

De la cárcel no sabía mucho que digamos. Tenía alguna idea por lo que había visto en televisión, como todos: tiros, policías, guardias, barrotes, hombres barbudos, trajes rayados... qué sé yo. Hasta ahí me daba la imaginación. Y por eso no podía entender qué tenía que ver mi papá con esas cosas. Es difícil acordarme bien qué se cruzó por mi mente esa noche... Si mal no recuerdo recién en ese momento pude relacionar el que mi viejo no estuviera en casa, con los preparativos del sábado y las salidas del domingo de mi mamá y mi hermana. A lo mejor eso lo pienso ahora, pero lo que nunca me voy a olvidar es que ni cerrar bien fuerte los ojos me dio resultado esa vez para dormir.

Fue duro. El asunto es que en algún momento me debo haber dormido porque cuando al otro día mi mamá me despertó sentí un alivio terrible. Sí, alivio: a pesar de lo que me habían contado la tarde

anterior, en mi casa nada había cambiado y yo iba a empezar el colegio como estaba previsto. Y claro que había dudado. Tenía un miedo... Al final, ¿para qué me contaban la historia verdadera si todo iba a seguir igual?

¡Más bien! Como mil preguntas por minuto me hacía. Después de todo era chico. Y las cosas que tenía que bancarme...

Porque el primer día de clase no es ninguna gloria. Mientras estás con tu mamá y tu hermana, todo muy lindo. Pero cuando toca el timbre y tenés que ir con tanto desconocido junto... te la regalo. Yo no lloré. Por vergüenza, supongo. Pero ganas no me faltaron.

No, por lo de mi viejo no. ¡Bah! No sé. No me acuerdo. Pero tampoco había muchos padres que digamos. Madres, sí. Así que como yo, había varios. Que estaban solos con la mamá, digo.

Y debo haber tenido que prestarle atención a muchas cosas esa mañana porque creo que el tema de la cárcel no se me volvió a cruzar por la cabeza. Además mi hermana me venía a controlar en todos los recreos. Había decidido jugar bien su papel de hermana mayor y se aparecía a cada rato con un montón de compañeras que me hablaban como a un taradito y me retorcían el cachete.

Patricia le había dicho a todos que mis padres estaban separados. Sí, y también lo del viaje. A mí no me preguntaron nada el primer día. Mejor.

La joda fue después. A la noche. Como si se hubieran ensañado conmigo. Porque en la cena no sólo que fue mi estúpida hermana la que se pasó contando cosas de su nueva maestra sino que, en eso, antes de que yo pudiera meter un bocadillo, mi mamá se puso a pelar una manzana y me dijo que tenía que decidir si el domingo quería ir con ellas a visitar a mi papá. Tal cual: a la cárcel.

III

¿Era una manzana lo que pelaba mi mamá?
¡Oia! No sé, no me acuerdo. Capaz que estoy inventando.

IV

Me dijo que lo decidiera yo solo y que si elegía no ir, me quedaba en lo de Tati como los otros domingos.

Me dijo que él tenía ganas de verme, pero que si había esperado tanto tiempo, bien podía esperar un poco más.

Mi hermana dijo que me iba a gustar ver a mi papá. Pero que si no iba le mandara otro dibujo. Y ahí se armó la podrida. Con lo del dibujo. Fue un rollo. No sé por qué los dibujos. Pero cuando Patricia los mencionó me dio un ataque de furia. Empecé a insultarla como si ella tuviera la culpa y me acuerdo que sentí como que me ahogaba. Y me dieron ganas de romper todo. Y empecé a tirar patadas al aire cuando las dos trataban de agarrarme. Hasta que pude largarme a llorar.

Las odié. Las odié tanto. Y a mi viejo también. Andá a saber por qué. No sé, no sé. Capaz que en ese momento me di cuenta de todo. O por lo menos de algo: que me habían mentido. Que los dibujos que yo había hecho para mandar a otro país —con el sobre y todo— estaban en la cárcel. Y que las cartas de mi papá venían de ahí y a lo mejor ni siquiera las escribía él. Y que en una de esas ni siquiera estaban escritas y me leían cualquier batata. Y que habían pasado dos años en los que el único estúpido que no había visto a mi papá era yo. Y que todos lo sabían. Todos, todos, todos. Un desastre.

Por eso, si alguna vez tengo hijos y estoy preso, yo nunca les voy a mentir.

No, yo no digo que voy a estar preso, no. Digo que si me pasara una desgracia como ésa, a mis hijos les diría la verdad de entrada.

Y que se la banquen.

Si al fin y al cabo, cuando me tranquilicé me puse bastante contento. Al menos sentí que si quería lo podía ver y chau. Entonces dije que sí. Que iba a ir. Pensé que si a mi mamá y a mi hermana no les importaba que él hubiera “cometido un error”, ¿por qué a mí?...

No. No sabía cuál. Me habían dicho solamente que había cometido un gran error y que cualquiera se equivoca en la vida y todas esas cosas que se dicen para no mentir, pero tampoco decir la verdad.

Claro que a los dos segundos me arrepentí y dije que no. Que me quería quedar en lo de Tati, hacer los deberes con ella, mostrarle mi cuaderno...

Más vale que mentía. En verdad tenía tan pocas ganas de estar con Tati como de ir a la cárcel. Pero tenía miedo y lo de Tatiana era un lugar más seguro.

Lo único que me divertía un poco en esos días era el colegio: ahí mi papá estaba de viaje y no había historia. El problema era cuando llegaba a mi casa y empezaba la cuenta regresiva. Del miércoles al sábado me quedaban tres días para decidir. Del jueves al sábado, dos. Del viernes al sábado, uno. Decía que iba y que no iba tantas veces en una misma respuesta que era difícil creerme. Pero eso no fue lo peor. Por alguna razón (no me acuerdo si empezó mi hermana o mi vieja) el asunto de ir o no a visitar a mi papá se convirtió en la amenaza perfecta contra mí. Si yo no ayudaba a sacar de la mesa, no iba a visitar al viejo. Si me bañaba “solito” y bien, el domingo al salir de la cárcel me llevaban a la calesita. Si hacía despelote, no. Si me portaba

bien, sí. Justamente. Como si ir a la cárcel fuera un premio. Y el castigo, no ir.

Finalmente llegó el sábado. El dichoso sábado. Y todos los movimientos de mi mamá y mi hermana cobraron sentido. La recolección de plata —no quedaba bolsillo y cajón sin revisar—, la compra de cigarrillos, el rejunte de revistas y algo que ningún sábado anterior a ése yo había visto: un pantalón y una camisa de mi papá lavada y planchada, todo listo para meter en una bolsa de plástico.

Se ve que como ya me habían dicho la verdad...

Y por eso, lo que antes para mí no había sido otra cosa que un montón de acciones sueltas, sin explicación, o con alguna respuesta terminante de las que no te dejan lugar para insistir más, de repente se convirtió en lo que era: los preparativos para visitar el domingo a mi papá que estaba en cana, desde la mañana en que me habían hecho creer que se había ido de viaje.

¿Opinar? ¡Sobre qué iba a opinar, pobre santo! Tenía encima un paquete más grande que yo.

La cosa es que a último momento me preguntaron si iba y dije que sí y ya no me pude volver atrás y cuando me quise acordar ya estábamos en la parada del colectivo.

Iba a ser un viaje muy largo. Había sol y mi mamá saludó al colectivo. El no le preguntó hasta dónde iba. Directamente, le dio tres boletos y cobró.

V

El viaje fue interminable.

No, de Jopo me hice amigo después.

Me volvía loco una cosa: cómo sería la cara. La cara de mi papá.

Me la acordaba, sí, pero no tanto. Además trataba de encontrar una huella. No sé, un rastro que aunque antes no hubiera visto, pudiera descubrir haciendo memoria. Algo que me aclarara un poco cómo había llegado a preso.

Yo me entiendo.

Tenía dos autitos para jugar en el camino. Un embole. No me podía concentrar. Con lo que me gustaba, además, mirar por la ventanilla...

Pero no había caso. A cada rato se me venía encima lo que me acordaba de su cara. Y pensaba. Pensaba en lo que siempre había pensado de los ladrones. No. Nadie me había dicho que estaba preso por robar, pero es lo primero que se te ocurre. Y cuando se me dibujaba la cara del viejo se me confundía todo. Porque yo nunca le había notado diferencias con los padres de los otros chicos. Para nada. Entonces trataba de imaginármelo cambiado, parecido a cuando no se afeitaba los fines de semana y la barba lo oscurecía y pinchaba.

Para colmo mi hermana se había quedado dormida sobre el hombro de mi mamá. Y ella miraba fijo para adelante como si no quisiera dirigirme la palabra. Claro que yo tampoco preguntaba nada.

Inolvidable: mi hermana durmiendo. Mi vieja mirando para adelante. Esas cosas alucinantes de los adultos. De acuerdo, ya sé que por mayor que fuera para mí, mi hermana no era un adulto. Ya sé. Pero mirá: los grandes ejercen de grandes cuando les conviene. Si estás callado porque te pasa algo y no tenés ganas de hablar, sonaste. Te empiezan a perseguir. Te siguen y te persiguen por todos los rincones. Tratan de averiguar en qué andás. Y con el verso de que te pueden ayudar, caés en la trampa y confesás hasta lo que nunca hiciste ni te pasó. Con eso les basta para un sermón o para que te dejen de hinchar. Ahora claro. Si vos estás como yo estaba en ese colectivo el primer día que iba a ver a mi viejo en cana, y ellos no saben qué contestar si se te ocurre la mala idea de hacerles una pregunta, entonces se duermen, miran para otra parte, o están muy ocupados en algo. Total si pasa, pasa. Y cuando no los ves, se sacan la transpiración de la frente.

Ese domingo fue inolvidable.

El colectivo no llegaba nunca y me agarraron ganas de hacer pis. No sé de qué tenía más ganas: si de bajar un poco de la cafetera o de mear.

La cosa es que insistí tanto que mi vieja reaccionó. Se adelantó conmigo tironeándome del brazo como si fuera de goma. Le dijo a Jopo algo al oído y bajamos.

El nos esperó con el colectivo en marcha. Un dios. Al principio no me salía ni una gota y mi mamá no tenía mejor idea que alentarme con pellizcos. Pero al final me salió el chorro y volvimos a subir enseguida.

Jopo me guiñó un ojo y un rato después llegamos. Caminamos por una calle de tierra, hasta dar con un puesto de policía, redondo. Lo pasamos, y por un camino único llegamos a la entrada. Había un millón de personas haciendo cola. Todos con bolsas y con paquetes.

De afuera no se veía nada raro. Era como una

comisaría cualquiera pero más grande. Adelante había un jardín rodeado por un alambre tejido. Nada del otro mundo. El asunto era cuando pasabas el alambrado, es decir, cuando entrabas. Ahí dos tipos mandaban para un lado, a los hombres; y para el otro a las mujeres. A las mujeres y a los chicos menores de once años. Entonces se hacían dos filas: una frente a cada puertita. Por esas puertitas iban pasando uno por uno hasta que nos tocó a nosotros. Patricia entró sola. Más de dos no se podía. Y mi mamá entró conmigo. "Date vuelta", me dijo cuando entramos. Y aunque me di vuelta y no vi nada, sí me di cuenta que le hacían sacar toda la ropa. Además, después me tocó a mí. Me desvistió mi mamá y una policía mujer me miró de arriba a abajo. Me tocó. Después nos hizo desenvolver los paquetes. La tipa palpó la bolsita donde mi mamá había metido un poco de azúcar. Todo. Todo. Revisó hasta la ropa. Los autitos me los hizo dejar la muy bruja. Y me los devolvieron a la salida.

Lo único que me dijo mi mamá cuando salimos de ese cuarto inmundo fue "Bueno, ya está". Ni siquiera me explicó por qué me sacaban los autitos. Pero yo no dije nada porque todo daba tanto miedo ahí que hasta los grandes hablaban en voz baja. No sabés la impresión que me causó ver a mi vieja tan obediente cuando la policía le daba órdenes: ¡Entre! ¡Salga! ¡Desvístase! ¡Abra las piernas!

Patricia me agarró de la mano y me dijo que me portara bien. ¡Pobre! ¡Qué estúpida!, ¡qué podía hacer en un sitio como ése para portarme mal! Si por donde miraras había un tipo armado con un fusil. Yo era chico pero no tarado. Igual, aunque no me creas, lo que más me gustó fue ver los fusiles en vivo y en directo.

Si Patricia me hubiera soltado un segundo la mano, yo me hubiera arrimado a un soldado para ver esos armatostes más de cerca. Es que eran enormes. Casi de mi altura, te digo.

Entonces apareció la primera reja. Otro puesto con policías. Mi mamá entregó los documentos, y un tipo, por una especie de portero eléctrico, cantó un número y dijo el nombre y apellido de mi papá.

Me lo quedé mirando fijo. Duro. Me parecía rarísimo que alguien lo llamara así. Y reaccioné cuando mi hermana me empezó a arrastrar por un pasillo hasta que llegamos a una sala que tenía un montón de bancos de madera alargados. Como los que ponen a los costados de las mesas en los clubes.

En la sala ya había algunas personas conversando y tomando mate con termos. No me daba cuenta quiénes eran los presos y quiénes no. Entonces, entré en pánico total, ¿y si alguien se confundía y no nos dejaban salir? Bueno, no me mires así. La primera vez que fui a la cárcel tenía seis años. Uno va cambiando de miedo a medida que crece. ¿O no? Aunque si tuviera que decir la pura verdad, te diría que ése, más que un miedo se me fue convirtiendo en una duda: ¿quiénes son los presos? ¿Quiénes son los que están adentro? Porque si hay algo que ahora tengo más claro que nunca es que cada uno de nosotros, en mi familia, se fue rodeando de barrotes. Y cada uno, desde su jaula, se pasó todos estos años recibiendo visitas: Ernesto, Jopo... Y ahora mi viejo que se cree que está libre porque volvió a casa y vaya a saber cuánto nos dura esta visita.

Sí. Sigo. Nos sentamos en un rincón y de repente entró un tipo. Bueno, qué querés, yo vi un tipo. Y mi hermana corrió a abrazarlo. Mi mamá se paró. Me dijo: Andá. Y yo me quedé como una piedra. El vino caminando adonde yo estaba, con mi hermana del brazo. Se besó con mi mamá y me miró.

VI

Cuando me dijo hola, se me bajó la cabeza. O yo la bajé, no sé pero se me quedó así.

Mi mamá me sacudió. Mi hermana dijo que no me hiciera el idiota. Mi papá me alzó. Y yo... con la cabeza dura para abajo. Me daba tanta vergüenza mirarlo. Es que no entendía por qué había pasado tanto tiempo sin que nos viéramos. Aunque te parezca mentira —me acuerdo de esa sensación como si fuera ayer— me sentía culpable de algo.

No sé. No sé... De algo. Porque además quería irme. Abrazarlo sí, también. Pero sobre todo irme. Y no haber sabido nunca nada y no haber tenido nunca que pensar cómo iba a decirle a mis compañeros o a la maestra que mi papá no estaba en otro país sino en la cárcel. ¿Y si ya lo sabían?

El me bajó y yo seguí sin levantar la cabeza. Se sentó. Mi mamá empezó a preparar el mate y sacó unas galletitas suspirando como en un velorio. Mi hermana me volvió a decir como en tres tonos distintos que no me hiciera el idiota. Hasta que pasó alguien y la saludó, entonces se olvidó de que yo estaba.

No. No pude ver con quién se saludaba porque en verdad, lo que no pude, fue levantar la vista de la punta de mis zapatillas en toda la mañana.

Mi papá me preguntó si me gustaba el colegio y dije que sí. Pero ese "sí", me resonó tanto por den-

tro que no sé si para afuera se habrá llegado a escuchar.

La cosa es que entonces pegó un puñetazo sobre el banco y dijo *maldito sea* como veinticuatro veces. Y es el día de hoy que me sigo preguntando si habrá querido decir maldito sea él, yo, los policías, el mate que se le desbordó a mi mamá o el pibito que se le acercó y lo más pancho preguntó: Y vos señor, ¿qué te afanaste que estás acá adentro?

VII

Lo de Jopo fue impresionante. Lo mejor que me pasó. Sí, sí, sí. Lo mejor. Aunque a veces me gastara tanto. ¡Qué maldito! Cuando quería hacerme engranar le contaba a todo el mundo las ganas que me vinieron de hacer pis la primera vez que viajé en su colectivo. Y cómo mi mamá me daba pellizcos mientras el chorro no salía y él esperaba con su cafetera en marcha.

Jopo tenía catorce años cuando empezó a trabajar en esa empresa de colectivos. Primero entró como cadete en la oficina. ¡Si supiera quién lo recomendó! Su mamá lo había tenido sin casarse, “del padre no había noticias” (como él creía) y el pobre Jopo apenas había llegado a sexto grado.

Por lo menos tuvo suerte con lo del trabajo y consiguió lo que quería: ser chofer. Y de paso, siendo chofer, conocer un tipo como yo.

Hasta no hace mucho yo también quise ser coleccionero. Primero por las cosas que Jopo me contaba. Y después, por lo de los boletos. Siempre me gustaron los boletos. Ahora colecciono solamente capicúas. Pero si me preguntás lo que quiero... ni idea. Menos que menos, ahora.

Cuando Jopo me decía que del padre no tenía ni noticias, yo no sé si me alegraba o me entristecía. La sensación era muy rara: me daba pena por él, pero por otra parte me sentía cómodo estando con alguien que tuviera un problema parecido al mío.

El siempre lo comentaba igual. No se ponía ni mejor ni peor cuando hablaba de eso. Al menos no lo demostraba. Lo que sí parecía tener en cuenta era cómo estaba yo. Si me veía bien se animaba y me contaba sus despelotes. Si yo me bajoneaba cambiaba rápido de tema.

Una vez me contó que cuando tenía cinco años le preguntó a la vieja por qué él no tenía un padre como todos los otros chicos, y que la mamá le contestó simplemente porque no. Y que entonces desde ese día... Sí, tenés razón. Pero mirá que hablar de Jopo también es contarte mi historia ¿eh?

De qué vivíamos. Buena pregunta, sólo que no sé muy bien la respuesta. En la calle no nos quedamos. ¿Por qué? A ver... Dejame pensar...

Al principio mi mamá siguió haciendo las prepizas para el viejo Cosme. Y creo que consiguió lo que quería: una recomendación para venderlas en otras panaderías más. Supongo que tirábamos con eso. Sí... Me acuerdo que en mi casa el horno empezó a estar prendido todo el tiempo. ¡Un calor..!

Además mi tía Negra nos traía cosas para comer. Por lo menos una vez por semana, venía.

Después Jopo. A mí me dio una mano bárbara. Con boludeces, ¿no?, pero me ayudó.

Quizás Ernesto...

Hasta en eso tuvo que ver mi tía Negra. Bueno. Pero fue la única que no se borró. Mi mamá siempre lo decía. Se lo decía a mi hermana, que era casi con la única persona con la que hablaba. Sobre todo al principio. Y además porque se la pasaba todo el tiempo con los dichosos bollos para las pizzas. Engordó.

De los vecinos creo que fue la mamá de Tatiana —¿cómo se llamaba?— una de las pocas que nos siguió tratando como antes. Ni mejor ni peor: igual. Yo qué sé.

Los otros se dividieron en dos clases, pero de esto me di cuenta después por desgracia. Que si

no... Por un lado, los que empezaron a mirar para otra parte cuando pasábamos. Por el otro los que siguieron mirándonos, pero como si fuéramos bichos de zoológico.

De que no estaba muerto debían estar seguros. Porque en el barrio se enteran de que hay un muerto antes que el muerto se muera.

Lo que no sé si sabían es que mi papá estaba en cana. Pero eso no era importante.

Porque creo que —tanto para unos como para otros— la noticia bomba fue que de un día para otro mi papá desapareció del mapa y nosotros nos quedamos solos “pobrecitos”. Así: “solitos pobrecitos”.

Sí. La cuestión fue ésa. Y que fuera por lo que fuera la falta del hombre en la casa era lo bastante grave como para que cualquier otro padre que nos viera a mí y a mi hermana, se sintiera una joya ante sus hijos.

No, no no. Prefiero los que te dan vuelta la cara. En serio.

Te dan la espalda, de frente. De una sola vez y con todas las letras. ¿No les gusta tu vida? Chau, a otra cosa.

Es tu oportunidad.

Perdonáme.

Es que a veces creo que hay gente que tiene tanto miedo de sufrir que se aleja de la gente que sufre para no contagiarse. Pero está bien: de frente.

Los que sienten pena por vos son los peores. Son los que usan tus problemas para sentirse mejor ellos. Te lo juro. Vos pasás. Te ponen cara de “ay pobrecito yo te entiendo” y en el fondo se van chuchos de la vida porque por suerte ellos no tienen tu misma desgracia.

Lástima que uno se da cuenta de las cosas cuando todavía no tiene músculos para arruinarlos a trompadas. Y además si les pegaras ¿qué? Todo seguiría igual. A la bronca le pondrían cara de pena porque

pensarían: qué se puede esperar de un chico que tiene el padre preso... ¿O no?

IX

Como te imaginarás, de la primera visita salí hecho bolsa. Mal. Los autitos me los devolvieron, sí. Pero recién pude levantar la cabeza de nuevo cuando subimos al colectivo.

Mi hermana, en vez de dormirse como a la ida, empezó a descargar contra mí un bombardeo de insultos impresionantes. Hasta que mi mamá la hizo callar. “Basta, es la primera vez”, le dijo y entonces yo me quise volver loco. Porque con eso quiso decir que iba a haber una segunda, tercera, cuarta y quien sabe cuántas veces más.

Me agarré fuerte a los autitos, cerré los ojos para dormir y chau.

Al otro día, el lunes, la maestra dijo que hiciéramos un dibujo libre. Yo, como buen chupamedias dibujé un zoológico pero sin rejas. Entonces la maestra me preguntó por qué no hacía las jaulas para los animales. Y cuando le dije que porque ella había dicho “dibujo libre”, se empezó a reír como loca. La odié, maldita sea. Yo se lo había contestado en serio.

A mí tampoco me gustaba ese zoológico sin jaulas, no. Porque no parecía zoológico. Pero —a ver si me captás— la maestra había dicho “libre” y como yo quería hacer todo tal cual ella lo explicaba, sentí que no podía hacer barrotes. Que los barrotes no entraban en un dibujo libre. Libre de liber-

tad, ¿entendés? Y resultó que me equivoqué. Y ella tampoco entendió. Y se rió, y contó esa anécdota mía por todo el colegio.

¡Qué bajón! Sobre todo porque yo tardé un siglo en darme cuenta dónde estaba la gracia de ese asunto.

Igual como la del dibujo era una hoja suelta, apenas llegué a mi casa agarré una regla y me puse a trazarle rayas por todas partes. Quedaron enjaulados hasta los árboles.

Y el domingo siguiente volví a visitar a mi papá.

No. Tampoco hablé. Ni lo abracé. Ni levanté la cabeza. Ni dejé de mirarme la punta de las zapatillas un solo segundo.

Pero no llevé los autitos para que no me los sacaran. Y eso me hizo bien. Qué te parece... ¡Les gané de mano! No les di la oportunidad de que pudieran hacerme pasar un primer mal momento. Como si empezara a conocer las reglas. ¿O no sabés que con las reglas se trazan los barrotes? Perdoná, era una cargada. Y además nos sentamos cerca del compañero de celda de mi papá. La mamá del tipo era una gorda divertidísima que ese domingo lo había ido a visitar. Llevó torta y se pasó todo el tiempo contando chistes. Hay uno que no me lo olvido: ¿Cómo hacen cuatro elefantes para meterse en un Fitito? Dos adelante y dos atrás. ¿No es gracioso?

Creo que esa vez fue mejor. Que todo fue un poco mejor.

X

Claro que después de esa vez no volvimos a ir por un toco de tiempo. Entre pitos y flautas debe haber pasado como un año. No sé...

Se empezó a correr la bola de que en la unidad penal donde estaba mi papá había una epidemia de hepatitis y chau: las visitas suspendidas.

Cuando se pudo ir de nuevo, primero fue mi vieja ("para estar segura", decía) y como tres meses después nos llevó a nosotros.

Creo que ése fue el golpe de gracia: los domingos de no ir. ¡Qué sensación! Me acuerdo de cuando lo empecé a extrañar.

Si querés un día probamos. Agarramos y nos dejamos de ver una semana. Vas a ver qué piola. No, yo me muero.

Te cuento, sí.

Era el acto del 17 de agosto. Oia. Se me hizo una laguna. El 17 de agosto, ¿nació o murió San Martín? ¡Qué bestia! No me acuerdo.

Bueno, el asunto es que había un acto y mi hermana tenía que actuar. Por suerte a Patricia las ganas de hacer teatro ya se le pasaron. Es un tronco. Encima hasta hace poco veía las novelas y se ponía a imitar a las protagonistas. Entonces lloraba como una perra. No paraba nunca. Claro, cada cual aprovecha para llorar cuando le sale, como dice Jopo.

La cosa es que cuando entró la bandera de gala se me hizo un nudo en la garganta. ¡Qué maricón! Y

de golpe, todos se pusieron a cantar el himno. Me impresionaba ver a los grandes cantando. No sé. No sé cómo explicarte, pero de repente tuve la sensación como de que toda la gente era buena. Y en ese momento, qué se yo, me vinieron unas ganas terribles de ver a mi viejo.

Me prometí a mí mismo que cuando lo fuera a visitar, le iba a hablar, lo iba a acariciar y a dar un abrazo.

Debía tener siete años. Sí. Siete años recién cumplidos.

Empezar a extrañarlo fue el primer encuentro. De eso me doy cuenta ahora, por supuesto.

Y es que cuando extrañas a alguien lo que se te representa en la mente no es la persona tal cual es, sino la persona que vos querés que sea. En tu imaginación, le podés hacer decir todo lo que tenés ganas de escuchar. Te juro. Y si de repente se te cruza una imagen que no te gusta... Chau. A otra cosa. La borrás y seguís adelante con los pensamientos, o abrís los ojos. Porque ésa es la ventaja: que en tu cabeza no sólo podés agregarle cosas a una persona, sino también borrarle. Borrarla.

Bueno, claro. Si después de pasarla tan bien con la imaginación, no te bancás nada de la realidad, estás frito. Pero uno se acostumbra. Mirá: si sabés disfrutar con lo que te imaginás, a la realidad por más espantosa que sea la tenés dominada. Si la cosa es muy fea, tragás saliva, te peleás con alguno y listo. Si no es tan fea... no joroba a nadie.

¿Ah no? ¿Te parece que no?

Decíme entonces: cuando recién me conociste; ¡bah! cuando te empecé a interesar, cuando empezamos a salir, mejor dicho, ¿no te imaginabas que yo era un chico común y silvestre? ¿No me agregaste un pasado y un futuro según tu antojo?

Y ahora decíme: ¿No querías borrar lo que te estoy contando? ¿No te resultaría más simple pensar en mí con un padre de viaje en vez de preso?

¿Qué querés? Tengo tanto miedo de que te vayas. De que entre el que vos pensabas y el que soy haya tanta diferencia...

Fue uno de esos domingos que Jopo se apareció por casa.

Nadie entendió nada, al principio.

Me acuerdo que estábamos mirando la tele y de repente sonó el timbre. Mi vieja preguntó quién era sin abrir y apoyó la cabeza contra la puerta como para escuchar mejor a través de la madera.

“El chofer”, dijo Jopo. Mi mamá abrió como loca y antes de saludar lo bombardeó a preguntas: “¿Pasó algo en la cárcel? ¿Para qué vino? ¿Pasó algo?”.

¡Qué bestia!

Mi hermana y yo nos acercamos a la puerta corriendo.

¡Pobre Jopo! Se quedó hecho una piedra. Ni se imaginó que de él no se pudiera esperar otra cosa que noticias sobre los presos.

“No sé nada —dijo el pobre—. Pero como no viajan hace muchos domingos... por lo de la hepatitis en la unidad, supongo...”.

“¿Quién le dio nuestra dirección?”, atacó mi vieja sin dejarlo terminar de hablar.

Entonces él me miró y me guiñó un ojo. Y a mí me agarró una alegría que no te puedo explicar. No sé por qué, pero lo sentí tan compinche como cuando me bajé a hacer pis y él me esperó con el colectivo en marcha.

Entonces, por decir algo, le conté que se me había caído una muela; abrí la boca y le mostré el agujero.

“No me lo dijo nadie, señora.” “Bueno, sí”, Jopo dudó. “Yo vivo a seis cuadras de aquí, anduve preguntando por ustedes y don Cosme...”

“Don Cosme, ¿qué?”, siguió jodiendo mi vieja.

“Bueno, él me dijo dónde los podía encontrar.”

“Perdóneme, quería saber si necesitaban algo... por el pibe, qué se yo.”

Mi hermana se volvió a mirar televisión. Mi mamá dijo “No gracias” y cerró la puerta. Y yo pedí ir a lo de Tatiana con una excusa que ahora no me acuerdo y, cuando salí de mi casa, vi que Jopo ya estaba en la esquina. Se iba.

Corrí como loco y lo alcancé. No lo llamé, pero le di unos golpecitos en la espalda para que me viera.

Primero él tampoco dijo nada. Caminamos media cuadra. En la puerta de lo de Tati, yo paré.

El me acarició el pelo. Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete. No era mucha guita. Me dijo: “Tomá, che”. Me dio la plata y dijo algo así como que los ratones de su bolsillo eran pobres, pero siempre dejaban algo para cuando a un amigo se le caía una muela. Sin palabras. Creo que me hubiera arrancado toda la dentadura con tal de estar con él otro rato.

Hasta que la dichosa semana llegó. En la cárcel ya estaba todo controlado y mi mamá decidió que era tiempo de ir a visitar al viejo.

Mi hermana hizo lo imposible para que yo ese domingo no fuera. Cretina. Se pasó toda la semana tratando de convencerme. No sé. Querría tenerlo todo para ella. O tendría miedo de que yo siguiera empecinado en no hablar y mi viejo se pusiera nervioso. Parece que en esos días le había escrito una carta muy especial.

No. Ella a él, por lo de la menstruación. Eso lo supe años después, el día que abrí la caja secreta de mi hermana buscando una información que nunca encontré y apareció la supuesta contestación de mi viejo donde la sermoneaba un poco con el asunto de que ya era una mujer y podía concebir hijos y toda la menesunda.

Le había venido la menstruación, como dicen las mujeres. Y aunque yo en ese momento no me di cuenta por qué, sí me acuerdo que hubo un circo infernal.

Patricia estaba en el baño y de repente llamó a mi vieja. Con una voz que me asustó. Mi mamá pegó un gritito, y yo vi que le llevaba una bombacha nueva.

Por supuesto que vi todo, pero como no entendía nada, me hicieron creer que Patricia se había enfer-

mado y que había que tratarla con mucho cuidado para que no se pusiera nerviosa.

¡Enferma! Me acuerdo que ese día ella jugó toda la tarde conmigo. Como nunca. Como si hubiera cumplido años de menos. Hasta vino mi tía Negra con un regalo y la felicitó y yo qué sé cuánta cosa.

El asunto es que se había convertido en una "señorita", como escuché que todos decían. Y se ve que encontrarse así por primera vez con mi papá la tenía muy... cómo decirte... rara. "No quiero problemas, ¿me entendés?", me decía ella. Y entonces hacía todo lo posible para que esa vez yo no fuera.

Pero no pudo conmigo. Los dos extrañábamos a mi papá y era mi turno.

Le había hecho un montón de dibujos. Había preparado el cuaderno de clases para verlo con él. Tenía pensado contarle que había pasado de grado. Una proeza, ¿no? Y además había recolectado no se cuántas revistas para que la semana en la cárcel se le hiciera más corta.

Lo que pasa es que, desde que había dejado de verlo, lo había empezado a extrañar, así que ni loco iba a ceder mi puesto.

Además ya no era lo mismo quedarme con Tatiana. A ella le interesaba menos estar conmigo. Y a mí también. Jugar a la maestra era un plomo y sus órdenes me sacaban de quicio.

La última vez que había ido a tomar la leche a la casa, no sé que me dijo que pegué un puñetazo sobre la mesa y volqué todo. Le grité maldita seas y ella se me quedó mirando como si yo estuviera loco o como si ya no fuera posible controlarme. Creo que dijo algo de eso.

Así que fuimos los tres. Los cuatro, mejor dicho, porque otra vez el que manejaba la cafetera era Jopo. Apenas subimos, me preguntó si había hecho pis antes de salir. Además me ofreció dejarme sentar adelante con él. ¡Cómo te explico! Todo parecía un sueño.

XIV

Cuando llegamos a la unidad —unidad penitenciaria le dicen— la cosa me pareció más familiar.

Desnudarme me molestó. Como siempre. Pero ese día la revisión se me pasó volando.

Me empecé a poner nervioso recién cuando el policía de turno dijo el nombre de mi viejo por el portero eléctrico, ese que te dije.

Y mientras íbamos al salón de visitas el corazón empezó a golpearme de una manera insoportable. ¡Pero cómo no me voy a acordar los detalles!

No sabés: ni respirar podía. Me había imaginado ese momento tantas veces...

Lo vi venir más flaco y cuando fui a salir corriendo para abrazarlo antes que mi hermana se lo agarrara todo para ella... Sí. Los pies se me quedaron pegados al suelo. Como si me hubieran clavado.

Entonces ella llegó antes que yo. Y eso que fue caminando, no corriendo; moviendo el traste como si fuera no sé quién. Cosa que a nadie le quedaran dudas de que se había convertido en una persona mayor.

Yo, duro.

Empecé a transpirar como loco. Me sentía tan mal. Estaba perdiendo la oportunidad otra vez, ¿te das cuenta?

En eso vuelvo a bajar la cabeza para empezar a mirarme la punta de las zapatillas y de repente sien-

to unos dedos que me agarran de la pera y me levantan la cara.

Nada. Ahí terminó todo.

Por supuesto.

Me cansé de preguntar por qué. Y nunca me contestaron toda la verdad.

Pude atar cabos, alguna vez, juntando pedazos de conversaciones. Cuando mi mamá, por ejemplo, le preguntaba a mi papá si lo había ido a ver el abogado. O cuando mi papá, los días que estaba más nervioso, le insistía a mi vieja preguntándole si el abogado no tenía novedades, si había logrado esto o aquello.

También iba sacando conclusiones con las cosas que se le escapaban a mi tía Negra. En casa se cuidaban bastante al hablar del asunto. ¿Sabés cómo me daba cuenta yo de que el tema era mi papá? Porque mi mamá y mi tía bajaban totalmente el tono de voz y se encerraban en la cocina. Una vez apoyé la cabeza como para escuchar a través de la puerta y oí una palabra que me pareció impresionante. Me fui corriendo a escribirla en un papel para no olvidármela: "esortivo", escribí. Y recién después de un montón de tiempo (porque en el diccionario no estaba, claro) descubrí que lo que habían dicho era "extorsivo".

Pasé un año... un año y medio embobado con mi papá. Lo tuve por allá arriba, como en una nube no sé cuánto tiempo. En esa época, todo lo que él hacía o decía para mí estaba perfecto. Era un Dios.

Y, sí. Después que por fin nos pudimos hablar, los domingos se convirtieron en días de gloria porque lo iba a ver. Y en días trágicos cuando llovía mucho o estaba enfermo y entonces nos teníamos que quedar en casa. Me dejó de importar por completo tener que mentir en el colegio. Me empecé a bancar la historia del viaje lo más bien.

Claro. Más vale que quería que estuviera en casa. Y estar con él todos los días. Obvio. Como los otros pibes, ¿quién no? Y que me moría de ganas de preguntar también. Hasta cuándo iba a estar preso, por ejemplo.

Pero supongo que para no arruinar las cosas, me callaba. Además quería que me dieran la sorpresa. Yo qué sé. Que estuviéramos comiendo o viendo tele o lo que fuera, y que de repente él se apareciera por la puerta del fondo o como Jopo la primera vez.

A veces, cuando me acostaba, me quedaba pensando en eso hasta cualquier hora. Me hacía mil películas de cómo iba a ser el día que a mi viejo lo dejaran libre y volviera a casa. Cómo. Cuándo. Me imaginaba las formas más insólitas. A veces soñaba que lo veía en la calle (qué sé yo, o que me venía

a buscar al colegio), pero cuando corría para abrazarlo, desaparecía. Como que se me esfumaba. Y me agarraba una desesperación total.

Tenía dudas, sí. Pero trataba de encontrarme respuestas yo solo. Bueno, no sé... por ejemplo si te avisaban con anticipación o no, el día que iba a salir. Si te daban tiempo para prepararte. O si lo traían a la casa en patrullero y entonces lo veían todos los vecinos. Y el secreto de tantos años...

Cada tanto se me daba por pensar en que a lo mejor lo dejaban adentro para siempre.

O pensaba si podía servir de algo que mi vieja y yo le pidiéramos a un guardia o a quien fuera que lo dejaran salir a prueba y nosotros lo controlábamos.

¡Uh!, ¿qué no? Esa idea me dio más vueltas que una calesita, en la cabeza.

No. Nunca la comenté con nadie.

Como ves, tenía millones de dudas. Pero... Creo que le tenía pánico a las respuestas. Miedo de que me pincharan el globo. Ya te expliqué. Cuando uno a las cosas se las imagina... es distinto. Está bien, la corto.

Pero es que no sé. Capaz que en realidad esos domingos no fueron tan maravillosos... Buenos momentos, seguro que sí. Mucho mejores que los de antes y los de después.

Sí. Después también es ahora.

Con decirte que mi cumpleaños de nueve lo quise festejar ahí. Hinché tanto a mi vieja y a la Negra que al final me dieron el gusto. La cuestión no fue tan simple, pero resultó bastante pasable.

Para empezar no pudimos llevar torta. Porque eso sí, en esa época las cosas en la cárcel se habían puesto más bravas. Cuando te revisaban, te miraban hasta los agujeros de la nariz y habían prohibido los panes caseros, las pizzas, los budines... ¡Bah!, casi todo, porque decían que adentro se le podía meter una lima, un mensaje, una navaja, qué sé yo. Y me

acuerdo que algunos comentaban que eso era porque las cárceles se habían llenado de presos políticos, no sé qué historia.

Y... son diferentes. Están en pabellones distintos pero los días de visita, todos juntos.

Había tipos macanudos. Por ahí más jóvenes. Uno, una vez, nos hizo hacer una ronda a unos cuantos pibes que andábamos dando vueltas por el salón de visitas y nos leyó un cuento. A mi papá no le gustó un pepino.

Después, me parece que se acostumbró a esos tipos.

"Estos se van a morir adentro", decía.

El cuento lo tenía escrito en la parte de atrás de una foto. Con letra muy chiquita. Se lo hicimos repetir tantas veces que al final nos dejó que lo copiáramos. Es éste. Bueno, para que yo te lo leo.

Cuando Sofía le preguntó a su mamá por qué el papá estaba preso, la mamá le contestó:

—Porque piensa distinto que el gobierno.

¿Y cómo hace el gobierno para saber lo que uno piensa?, se quedó pensando Sofía.

Y a la noche se escondió bien dentro de las frazadas para que el gobierno no se enterara de sus sueños.

Todos los domingos antes de entrar en la cárcel una mujer policía revisaba a Sofía y a su mamá. Las hacía desvestirse, miraba los libros que llevaban, la comida y los dibujos que Sofía le regalaba al papá.

Un domingo a la mujer policía no le gustó el dibujo de Sofía. Con una lapicera negra tachó todos los pajaritos que volaban en el papel.

—Está prohibido dibujar palomas —dijo.

Y le devolvió a Sofía un papel lleno de cruces negras.

III

A la semana siguiente Sofía y su mamá volvieron a la cárcel. Otra vez la mujer policía las revisó: les hizo sacarse la ropa, husmeó la torta que llevaban, dio vuelta la cartera de la mamá y también agarró el dibujo de Sofía.

Se quedó unos segundos, la mujer, con el dibujo en la mano. Observándolo.

Sofía tenía miedo y apretaba con fuerza la mano de su mamá.

La policía le devolvió el dibujo y las dejó pasar.

IV

Cuando el papá de Sofía tuvo el dibujo en sus manos lo miró tranquilamente.

Tenía árboles, casitas, un cielo con un sol amarillo y nubes.

—¿Por qué en los árboles hay redondelitos de distintos colores? —preguntó el papá.

—Son los ojos de los pajaritos que están escondidos —contestó Sofía.

¿Te gustó?

Para mí que la de la foto era ella. Seguro...

¿En qué estábamos? ¡Ah!, bueno... que en vez de torta nos dejaron entrar con sangüichitos de miga y, en el termo, en vez de agua caliente para el mate pusimos jugo de naranja. Pudimos pasar algunos vasos de plástico y logramos que la dejaran entrar a mi tía. Fue genial: en un momento, arriba de tres sängüiches apilados mi hermana pinchó los cosos redondos que se ponen abajo de las velitas y todos los que estaban por ahí me cantaron el "cumpleaños feliz". (Habría que decir el "feliz cumpleaños" ¿no?)

Las familias de los otros presos se metieron en la fiesta, sin hacer mucho despelote. Y me saludaron. Y, a mi viejo también.

Para mí fue bárbaro.

Una, porque por primera vez había venido mi tía. No, es la hermana de mi vieja. Después, porque me había sentido en familia. No sé por qué eso me estaba importando.

Y al fin y al cabo, porque si antes de irnos mi papá dijo que no estaba para fiestas, no fue porque no lo hubiéramos pasado bien. El brindó y todo. Supongo que fue por tener que quedarse o por alguna estupidez que se le hubiera escapado a mi tía.

No sé. O porque mi hermana se pasó todo el tiempo con Carlitos (el hijo de un cadena perpetua). O porque no me había podido comprar un regalo, qué sé yo.

El asunto es que para mí fue excelente.

De vuelta a mi casa, subimos al colectivo, apoyé la cabeza sobre el hombro de mi vieja, pensé en lo que más me había gustado de ese domingo y, de un plumazo, borré el recuerdo de la despedida.

Me dormí como un tronco.

XVII

A Jopo lo empecé a ver más seguido. Y no sólo en el colectivo. Porque al día siguiente de la primera vez que vino a casa, mi mamá fue a hablar enojadísima con don Cosme. A preguntarle por qué le había dado nuestra dirección a un desconocido.

Sí, me llevó con ella. ¿O no? No me acuerdo. Aunque... me debe haber llevado porque si no de dónde iba a sacar yo lo de la "mala mujer". Pará. Sí, sí. Fui con ella.

Don Cosme le dijo que Jopo era un chico macanudo. Que él lo conocía desde hacía mucho tiempo y que si la madre era una mala mujer —don Cosme pronunció "mala mujer" y bajó la voz— el chico no tenía la culpa.

A partir de ahí, aunque trató de que a mi hermana no se le acercara demasiado (¡eso era tan evidente!), a mí me dejó que cada tanto Jopo me llevara a dar una vuelta. "Un hombre no le va a venir mal", le dijo mi vieja a mi tía Negra cuando le contó.

"Ojo", nos decía a nosotros cuando Jopo venía a buscarme. "Nada de ir muy lejos." Y en verdad no íbamos nada lejos al principio. Caminábamos un poco. Nos contábamos algunas cosas. El me compraba una revista y chau. Eso era lo único.

Unico... El era único. Claro. El único que sabía (y que yo sabía que sabía) la verdad sobre mi papá. Y eso era lo mejor que me podía pasar. Igual yo me

cuidaba de no hablar demasiado del asunto porque tenía miedo de acostumbrarme y que después se me escapara algo en el colegio, ¿me entendés?

Un día, maldito día, le pregunté por qué me venía a buscar si yo era tanto más chico que él. Jopo se me quedó mirando y, con una bronca bárbara, me preguntó si mi mamá me había dicho que le hiciera esa pregunta.

Le juré que no. Y aunque no sé si él me creyó, le seguí diciendo que no hasta el final. Porque en realidad mi mamá nunca me había dicho que se lo preguntara. Pero cada vez que yo volvía de pasear con Jopo, ella murmuraba con mi hermana en la cocina, algo así como que era raro que un tipo joven se ocupara de visitar a un chico de mi edad. Y tanto lo repetían y se quedaban dando vueltas sobre el tema que bueno... a mí también me interesaba saber qué me había visto como para darme tanta bolilla.

Jopo entonces se levantó para que nos fuéramos. Me juego la cabeza que se puso mal. Estábamos sentados en el cordón de la vereda. Estiró una mano para ayudarme a que me parara yo también y se sonrió un poco. Un poco triste.

Me agarró pánico de que se hubiera enojado conmigo para siempre. Pero no me animé a decir nada. Y fuimos callados hasta mi casa. Y yo me quedé hecho pelota.

Una vez en cuarto grado, un pibe me preguntó por mi papá. Me llamó la atención porque no era nuevo y entonces la historia del viaje debía saberla con los mismos detalles que los demás y los demás no preguntaban. Pero se puso insistente. Y yo tuve la sensación de que en realidad quería investigar algo.

No. La verdad nunca la supe.

Me quedé para siempre con la duda de si había preguntado de curioso o para demostrarme que sabía mucho más de lo que le estaba contando.

Yo le repetía lo del viaje y él dale preguntar que a dónde, que desde cuándo, que para qué... Que si ganaba tanta plata por qué no nos mandaba un pasaje para que fuéramos todos a verlo.

Y hasta ahí yo lo llevaba bastante bien porque con el paso de los años había logrado armar una historia de lo más completa.

El problema apareció cuando el infeliz (¡pobre! capaz que era de curioso no más) me preguntó de qué trabajaba mi viejo y, sobre todo, de qué había trabajado antes de irse de viaje.

Y ahí surgió el problema. No porque yo no hubiera podido contestarle —era un campeón saliendo del paso— sino porque, en realidad, a mí se me había creado la incógnita: Y además no podía creer cómo nunca se me había ocurrido averiguar de qué

había trabajado mi papá antes de irse de viaje, digo, antes de caer preso.

Porque era sumamente importante para sacar conclusiones, ¿te das cuenta?

El asunto es que ese día llegué a mi casa hecho una tromba. No me había sacado el delantal y anoté en mi libreta lo que le había contestado a Germán.

¡Ah sí! Siempre anotaba lo que decía de mi viejo en el colegio para después no meter la pata. ¿Viste?, y tener una sola respuesta para cada pregunta. Todo un arte.

Me acuerdo que anoté rapidísimo y fui a la cocina a comer con mi hermana. Ella me preguntó qué me pasaba que estaba tan acelerado y ahí nomás le contesté con mi pregunta. Le dije: "Che Patricia, ¿de qué trabajaba papá antes de que lo encerraran?"

Suspiró tipo telenovela porque todavía le gustaba el teatro, y después de tenerme en suspenso un buen rato desembuchó.

Cajero de un banco.

No sé qué me llamó más la atención en ese momento: si la respuesta que me dio Patricia o el tiempo que tardó en dármela.

Me había picado la curiosidad. Así que me pasé no sé cuantas horas de mi vida tratando de averiguar cómo era el trabajo de los cajeros.

Espiando en el banco de la avenida donde mi mamá pagaba siempre las cuentas, supe que los cajeros eran esos que estaban detrás del mostrador protegidos por ventanillas. Los vi trabajar metiendo y sacando plata de un cajoncito toda la tarde.

Me contaron además —ya ni me acuerdo quién me lo contó— que cuando al final del día el cajero controla su caja, puede comprobar perfectamente si tiene el dinero que debe tener, si le sobra o si le falta. Me enteré también que si a un cajero le falta plata de su caja, se la descuentan del sueldo. Que no tienen escapatoria. Y que muchas veces, la falta

de dinero en una caja tiene que ver con haber dado mal un vuelto, por ejemplo.

Lo importante para mí, que me había convertido en un detective, fue saber que cuando en la caja de un banco faltaba plata, no necesariamente un cajero se la había robado. ¿Me seguís?

Porque claro, cuando yo me enteré que mi papá había sido cajero, lo primero que pensé es que había robado plata del banco y lo habían descubierto.

Entonces me dediqué a investigar cuánto tiempo podía estar preso alguien que robara de esa manera, de la que yo me imaginaba. Empecé a leer las noticias policiales de los diarios y a escuchar mejor los noticieros. Un desastre. En las crónicas policiales, todos los que no son policías son malvivientes, asesinos o drogadictos. ¿Me querés decir cómo puede uno averiguar algo de su viejo así?

El asunto es que aprendí a juntar datos y me puse a sacar cuentas.

Fue una verdadera decepción. O en algún punto de mis cálculos había un error o el viejo se había metido en algo mucho más grave de lo que yo podía imaginarme.

En una situación así, lo mejor que podía pasar-me era que Jopo volviera de una vez por todas. Pero nada. Después de mi estúpida pregunta se borró del mapa un rato largo. Ni manejando la cafetera aparecía los domingos cuando íbamos a la cárcel. Una desgracia.

Conclusión: más vale quedarse con las dudas que preguntar. Porque cuando alguien no te cuenta algo, es porque no quiere, y no porque se haya olvidado de decírtelo.

No. Esa fue mi conclusión de entonces.

A ver si me entendés. Fue porque no me quedaba otro remedio que aprendí a usar tanto la imaginación. Qué iba a hacer... Si cada vez que me hacían una pregunta o yo se la hacía a otro, el resultado era un problema.

Y además porque tuve que aprender a convivir con mi papá de esa forma. A inventarle lo que no sabía. A borrarle lo que no me gustaba. Si al final yo lo armaba y lo desarmaba como un rompecabezas, pobre.

Por eso lo de las historias.

Y es que cuando uno descubre lo bueno que tiene pensar, sin querer también descubre lo malo... O será que cuando ya estás acostumbrado a imaginarte cada cosa, no te podés volver atrás. Se te mete adentro esa manera de ser.

Lo que quiero decir, es que si se me empezaron a cruzar miles de historias por la cabeza (que había matado a alguien, qué sé yo) no fue porque yo quisiera arruinar los buenos momentos que estábamos pasando en la cárcel. Fue porque ya mi imaginación funcionaba sola, por su cuenta. Y no podía sacármela de encima tan fácil.

Un día la Negra vino a casa con un tipo. Sí, él. Era viernes si mal no recuerdo.

Lo presentó como un amigo de ella y aunque era bastante raro que la tía se apareciera acompañada sin avisar, mi mamá hizo mate y puso un montón de galletitas en un plato. Daba la impresión de que la visita le había caído bien. La verdad es que no nos visitaba mucha gente que digamos. Ahora pienso que debía conocerlo...

Mi tía se la pasó hablando toda la tarde de lo bien que cocinaba mi mamá. De lo buena madre que era mi mamá. De lo joven que se había casado y de lo recontra joven que era cuando había nacido mi hermana.

Me acuerdo que Ernesto casi no abría la boca. Pero se mostraba muy atento con todo lo que decía mi tía. Y además ponía cara de bobo y de muy interesado cada vez que mi vieja le dirigía la palabra. Como si todo lo que ella pudiera decir fuera tan importante.

Era la primera vez, después de mucho tiempo, que en casa mi mamá se pasaba horas cebando mate y charlando con alguien sin preocuparse por los bollos de las pizzas, por la cena, por el horno, por la plata, por la hora de acostarse o por cualquier cosa de esas que siempre la tenían amargada.

A tal punto que cuando yo dije que tenía hambre

y mi hermana dejó claro para todo el público que ella no iba a mover un pelo por hacerme la comida (ahora me doy cuenta que Patricia se debió haber dado cuenta de todo), Ernesto se levantó, fue como tiro hasta el almacén de la esquina y compró fiambre como para un regimiento.

Mi tía tiene esas cosas.

Ernesto no era un amigo de ella o algo parecido. Era el novio suplente que había elegido para mi mamá. Le daba mucha bronca lo de mi viejo y no podía disimularlo.

Claro que uno de las cosas no se da cuenta enseñada. Es una lástima.

Sobre todo si nadie te ayuda. Porque el mecanismo en mi casa es así: primero te cuentan un verso, adornado y perfumado para que te lo llesves puesto. Un día no aguantan más y se despachan con toda la verdad. Entonces te la tenés que tragar de un sorbo.

Por eso yo no quería que pasara mucho tiempo sin que nosotros habláramos. ¿Me entendés? Porque cuanto más me mintieron más tuve que mentir. Y soportar las mentiras ante los otros cuando después me enteré de la verdad fue una tortura. En todo caso prefiero que si no te lo bancás...

Además, yo no sé por qué. Pero muchas veces tuve la impresión de que a nadie le importaba arruinar mi vida. A nadie, te lo aseguro.

Fijáte que recién hacía... no sé... dos años que había logrado acercarme un poco a mi papá. Mi hermana no le daba ni bolilla porque los domingos se pasaba toda la hora de visita con unos amigos que se había hecho en la cárcel. Mi vieja cebaba mate y tejía con una cara de aburrimiento que daba miedo. O sea: estábamos mi papá y yo prácticamente solos. El me estaba enseñando a jugar al truco. Hacíamos juntos los deberes. Una vez el compañero de celda me calcó un mapa.

Y de repente, chau. Los demás deciden pudrir la y vos te quedás pegando patadas al aire.

Cuando lo pienso me da una bronca...

No, eso no. La noche que Ernesto vino a casa por primera vez no tuvo nada de malo. Ernesto, por lo menos, no.

La que arruinó las cosas fue mi tía Negra. Porque esa noche, para rematarla, no tuvo mejor idea que pedirme el cuaderno de clase para mostrárselo a Ernesto antes de que yo me fuera a dormir.

Lo hojearon mientras me metía en la cama. Yo había apagado la luz, pero había dejado la puerta abierta para escuchar lo que fueran a decir. Qué querés. Era mi único orgullo: cuando la gente miraba mi cuaderno se deshacía en elogios: que la letra, que los dibujos, qué sé yo. Mi papá, el primero.

Y ahí no más, cuando Ernesto empezó, sale mi tía Negra con uno de sus pensamientos profundos y dice: "La verdad que es una joyita. Por suerte no salió al turro del padre".

Y eso no fue lo peor, sino que mi mamá no dijo nada. Nada. No lo defendió ni dijo que no era un turro ni la echó a mi tía de la casa como una vez la había echado a mi abuela por mucho menos.

Más bien se rieron. No sé. Y las dos arpías siguieron hablando entre suspiros. Esos suspiros imbéciles de las mujeres. Y en eso mi tía le dice a mi mamá que a lo mejor tenía que llevarme menos a visitar a mi viejo. Y, ¿qué creés que contestó mi mamá? Que sí, que lo iba a pensar, que era algo que la preocupaba.

Y tuvo que meterse Ernesto: Bueno, chicas..., les dijo, después de todo es el padre.

¿Qué bronca! ¿Después de qué?

Más bien: ¿Vos creés que yo no me lo preguntaba? Pero una cosa es que me lo preguntara yo y otra muy distinta que... ¿a quién no se le cruza por la cabeza que ser hijo de un preso puede ser contagioso?

XXII

Si hubiera sido por él capaz que no nos volvíamos a encontrar. Pero yo no pude aguantar más y salí a buscarlo.

Lo primero que hice fue preguntarle a don Cosme dónde vivía Jopo exactamente. Le mentí. Le dije que él se había olvidado un paraguas en mi casa y yo qué sé. Don Cosme también lo conocía por Jopo. No sé por qué le mentí. Para mi sorpresa, el viejo dudó muchísimo antes de abrir la boca. Me hizo prometerle veinte mil veces que a la casa no iba a ir por nada del mundo. Que en todo caso me daba la dirección para que yo le mandara una carta. O que mejor, si él lo veía le avisaba que yo lo andaba buscando. La hizo larguísima, y al final no se entendía por qué. ¿Qué podía tener de malo que a mí me diera la dirección de Jopo, si a él le había dado la mía? Yo insistía con eso.

Bueno. Le prometí que no iba y listo. Me la dio.

Por supuesto, no cumplí con mi palabra. Esa misma tarde averigüé cómo llegar —era bastante cerca— y al día siguiente me fui a lo de Jopo completamente decidido.

Toqué timbre un montón de tiempo. No atendía nadie pero se escuchaban ruidos que venían desde dentro: una radio prendida, seguro. La casa estaba al final de un pasillo bastante largo. A los costados había puertas y algunas ventanas con plantas. Se ve

que ahí vivían otras familias. Eran como departamentos, no sé. Insistí como loco hasta que al final se abrió la puerta y salió una señora en camisón. Era joven y linda. Me pareció raro que estuviera en camisón a esa hora. Me quedé mudo. Pero de tímido, nomás. Porque la tipa no puso mala cara ni nada. Otra vez no supe qué decir y salí corriendo como un tarado. Corrí por lo menos tres cuadras seguidas hasta que se me pasó el susto. Y después empecé a caminar despacio.

No sabés cómo me temblaban las patas. Recién cuando pude pensar me di cuenta de que no sólo había hecho un papelón terrible sino que además no podía estar seguro de que el lugar adonde había ido era lo de Jopo.

Me dio tanta... pero tanta rabia... Una impotencia...

Cuando llegué a mi casa aproveché que mi hermana estaba en la pieza y fui directo a la cocina. Con un cuchillo me corté un poco el dedo a propósito y me puse a llorar como un marrano. Un poquito nomás. Pero necesitaba una excusa para llorar tranquilo.

Y estaba hecho una sopa de lágrimas cuando de repente ¡sí señor! sonó el timbre y Patricia, gritando por la sangre que me salía del dedo, fue a abrir y lo hizo entrar.

Lo que son las cosas...

A veces me emociona más acordarme de ese momento que de los encuentros con mi viejo. Porque me puse tan, pero tan loco, que con sangre colgando y todo corrí hasta donde estaba Jopo y lo tuve abrazado como diez minutos seguidos. Ni el estúpido comentario de mi hermana pudo arruinar las cosas.

¿Qué puede haber dicho? A ver... Imaginate. Decí que Jopo no le dio ni cinco.

Sí, que yo parecía un maricón y que eso era lo único que le faltaba a nuestra familia.

Sí. A Jopo le había dicho don Cosme.

Hay cosas, en cambio, que quisiera borrarlas para siempre.

Bueno. Más que borrarlas, preferiría que nunca hubieran pasado. Me parece que ya estaba en quinto. No, no me parece: estaba en quinto. Sí. Casi seguro. Porque fue un año de perros. Además Ernesto ya venía a mi casa bastante seguido y sin la Negra. Y, porque si mal no recuerdo, el rollo de mi hermana explotó más o menos para esa época. ¿O un poquito después?

No, no me voy por las ramas. Lo que pasa es que quiero estar bien seguro de cuándo “ocurrieron los hechos”. Además me da no sé qué...

Bueno. Ponéle que estaba en quinto. Sí, estaba en quinto.

Con esa maestra nos llevábamos de primera. Andá a saber lo que habrá pensado después, la pobre.

El asunto fue así. Nos avisaron que cualquier día de éstos iba a aparecer por el colegio una persona para darnos una clase de educación vial: qué significan los colores del semáforo, los carteles de prohibido estacionar... esas estupideces. Dijeron eso y no pasó nada más.

La cuestión es que un par de semanas más tarde, de imprevisto, se abre la puerta del grado y aparecen dos policías mujeres con la directora.

No sé qué estábamos haciendo, pero nos agarró totalmente de sorpresa. A mí, ni hablar, me puso loco.

Por un segundo se me cruzó que venían a avisarme algo de mi viejo. Y que me lo iban a decir ahí delante de todos los pibes. Y que toda la historia del viaje y de las preguntas que por fin habían dejado de hacerme, se me iban a desbarrancar. Y que los ojos de los chicos se iban a clavar sobre mí. Y que, aunque lo que vinieran a decirme fuera que mi papá había quedado libre, me lo iban a decir ahí y todo el mundo iba a descubrir la verdadera historia de mi vida y yo no iba a poder bancarme la vergüenza de haber tenido preso a mi viejo y el viaje... ¡Yo qué sé!

Me debo haber puesto incoloro. Bueno, pálido. También... con la desesperación que me agarró.

La cosa es que las policías entraron —¿viste la cara de amargadas que tienen?— y, mientras la maestra colgaba una lámina en el pizarrón, la directora presentó a las dos agentes que nos iban a dar la famosa clase de educación vial.

Nos hicieron parar para saludarlas y no sabés. En vez de sentirme aliviado me agarró pánico de que esas tipas hubieran venido por otra cosa, pero que al verme me reconocieran de la cárcel y me saludaran especialmente. ¿Qué iba a decir yo después? ¿Cómo iba a explicar que me conocieran?

La cabeza me daba vueltas como un trompo.

Casi todos los pibes se quedaron en el molde cuando la policía (la más petisa) se puso a hablar y a señalar los dibujos de la lámina.

Al principio parecíamos todos soldaditos de plomo mirando al frente y escuchando. De mí, ni te cuento. Creo que ni pestañeaba con tal de pasar inadvertido.

La joda empezó cuando las mujeres estas terminaron la clase “magistral” (no me acuerdo ni jota de lo que explicaron ese día). Porque cuando salieron

del aula, una de ellas se olvidó el gorrito sobre el escritorio y Martín y Diego, ¿te acordás de esos dos tarados?, no tuvieron mejor idea que esconderlo en el último banco, mientras la mayoría se mataba de risa y otros —entre los que estaba yo— no decíamos nada.

Por supuesto que, a los dos minutos, volvió a caer la maestra con las policías. Y cuando la más bajita, la que se había olvidado el gorro, vio que en el escritorio no había nada, la cara se le transformó. A la otra también, pero parecía menos bestia.

Yo sabía muy bien cómo eran las caras de los policías cuando se ponían a ejercer. Sabía de memoria cómo eran cuando se disponían a revisar a la gente. Y sabía además lo que podía pasarte si descubrían lo que estaban buscando o *al* que estaban buscando.

La maestra cerró la puerta. Roja como un tomate. Dijo que cada uno volviera a su banco y nos quedamos mudos. La más petisa se puso firme y preguntó con voz de mando que quién había agarrado “equivocadamente”. . . . Todavía tengo grabada esa frase: “Señores: ¿quién tomó *equivocadamente* una gorra azul del escritorio?”.

Como ninguno se movió ni abrió la boca, la maestra totalmente rayada se puso en el frente y empezó a hablarnos. Nos iba mirando fijo a uno por uno, mientras aclaraba que nadie se iba a retirar hasta que apareciera el gorro.

Dijo que si el culpable no se presentaba solo, se iba a ver en la obligación de revisarnos. Y que nunca se hubiera imaginado que ése fuera un grado de delincuentes. Un poco exagerada, ¿no?

También dijo que, a partir de ese momento, eran culpables por la desaparición del gorro tanto los responsables del hecho como los encubridores. Es decir, los que supieran la verdad y la ocultaran.

Y ahí se pudrió todo. Empezaron a cruzarse miradas para todos los costados. A mí me dio un ata-

que de pánico y pensando que sin haber hecho nada me estaba convirtiendo en culpable de algo, me subió por todo el cuerpo. . . . no sé cómo decirte. . . . una furia insoportable contra Diego y Martín y contra todos los demás tarados que se habían reído como locos y ahora estaban mudos y pálidos como si los fueran a degollar. Me moría de odio porque el castigo, que sólo tenía que ser para ellos, lo estaban empezando a repartir entre todos. Y encima con la policía.

Rogué que a la chupamedias de María de los Angeles se le diera por hablar de una vez por todas. Con lo botona que era siempre. Pero no. Justo cuando convenía que hablara se quedó muda y dura con la cola entre las patas.

No: le gustaba Diego.

Nadie abría la boca. Más amenazaban y más silencio se hacía.

Hasta que no me acuerdo quién fue, si la más petisa o la otra, dijo que aunque fuéramos chicos, a causa de nuestros delitos podían meter presos a nuestros padres. Mirá qué animal. Ahora lo pienso y. . . .

Pero entonces no aguanté más y me paré. Y con los ojos de todos clavados en mí. ¡Qué idiota, Dios mío! ¡Qué maricón!, me agarré del banco para no tambalearme

y entre eso

y lo que dijo mi tía Negra de que por suerte yo no había salido al turro de mi papá hablé

hablé

hablé

Mi historia no. Dije quién había sido el culpable, ¿entendés?

No. No me importó lo de que a un padre lo pudieran meter preso por culpa del hijo. Lo que me rayó fue pensar que si a todos nos declaraban culpables, iban a meter presos a todos nuestros padres. Hasta ahí ningún problema. Pero se iba a descubrir

entonces que con mi viejo no hacía falta porque él estaba adentro desde hacía mucho. Y que por eso, por ser hijo de un preso, me iban a declarar único sospechoso de la desaparición del gorro y listo. Solamente ante la duda, ¿viste? Con un antecedente como el mío...

Fue terrible.

La maestra me dio un beso y las policías me felicitaron. Me pidieron que las acompañara a la dirección y en el patio vomité. Vomité hasta las tripas.

Entonces llamaron a la casa de Tatiana para que le avisaran a mi mamá. Me vino a buscar enseguida.

¡Pobre! Se pasó todo el camino de vuelta tratando de adivinar qué comida me habría caído tan mal al estómago.

La maestra le contó lo que había pasado en el grado. Pero ella ni por un segundo relacionó el suceso con el vómito.

Yo no abrí la boca. Estaba tan amargado que lo único que quería era meterme en la cama y taparme con la frazada hasta la cabeza.

Fue la noche más larga de mi vida. La peor.

Por más que en mi casa estaba a salvo (yo pensaba eso todo el tiempo) no podía sacarme el miedo de encima. No podía dejar de sufrir por lo que iba a pasar al día siguiente cuando tuviera que enfrentarme con los otros chicos.

Una vez Carlitos (el hijo del cadena perpetua que te dije antes) me contó que a un preso que había botoneado no sé qué asunto de otro le dieron una paliza que lo dejaron inconsciente. Me lo mostró y todo. Y el tipo todavía tenía marcas de los golpes.

Una cosa es que te maten los canas, decía Carlitos. Pero entre compañeros...

Imagínate cómo me sentía esa noche.

Pensé de todo y ¿sabés cuándo me tranquilicé?

Y bueno, qué querés... Cuando me propuse repetir para cambiar de compañeros sentí un alivio impresionante.

De todo hice. Todo lo que se te pueda ocurrir. Sí. También me agarré a trompadas con Diego.

Parece que podía ser igual de turro que mi viejo. Se lo tendría que haber dicho a mi tía, ¿no?

Vos no me vas a creer. Pero, ¿sabés que me empecé a sentir mejor?

Lo único que lamenté es que justo aparecieras vos. Mirá lo que son las cosas, cuando repetí, la vacante que yo dejé libre para séptimo, la vino a ocupar la chica que me dio vuelta la cabeza.

Verlo después fue...

Yo ya me imaginaba que iba a ser horrible. Pero suponía que por mí, no por él. Sin embargo el primer domingo que mi mamá decidió ir a la cárcel, fui con ella. Habrá sido a las tres semanas.

Patricia se quedó en casa con el cuento de que no se sentía bien. Pero la verdad —y eso se notaba a la legua— estaba aprovechando para quedarse un poco sola. Ahora que me acuerdo, ya para esa época había empezado a insistir con que quería dejar el colegio y trabajar como ayudante en una peluquería.

Nunca se había bancado estudiar. Y si no te lo bancás ni un poquito, el secundario es una de las peores torturas. No me digas que no.

Con mi mamá discutía todo el tiempo. Y lo que parecía que sólo tenía que ver con el colegio, para mí, también tenía que ver con Ernesto. No lo soportaba. ¡Bah! Según el día o su conveniencia.

Yo no me hacía ninguna película. Ella sí. Lo comparaba todo el tiempo con mi papá y el que siempre salía perdiendo —por supuesto— era Ernesto.

Pero lo que más me llamaba la atención, entonces, era que mi vieja lloraba por cualquier cosa. Y, aunque trabajaba mucho menos, se quejaba más que nunca de haber sido la esposa de un preso. ¡Qué castigo!, suspiraba ¡Qué castigo! Andaba así por todos los rincones.

Fue uno de esos días que la oí decir que ya casi hacía más años que no dormía con mi papá que los que habían compartido en la cama.

Sí, tenés razón. Pero como todas las cosas están tan enganchadas, por ahí se me pierde un poco el hilo.

Encontrarme con mi papá ese domingo en la cárcel pintaba tenebroso. Fue.

Me pasé todo el viaje pensando que si me animaba, le iba a contar lo que me había pasado en el colegio. Porque tenía que ver con él y porque quería saber qué pensaba de los que delatan a otros. Lo que no podía explicarle era el porqué de mi miedo con las policías y con que nos declararan culpables a todos. Nunca habíamos hablado de la mentira que circulaba en el colegio. Jamás se había mencionado que la historia del viaje yo la seguía sosteniendo como el primer día.

Cuando llegaba a este punto, casi todas mis esperanzas de hablar con él ese domingo se iban al diablo.

Me acuerdo que el colectivo se balanceaba sobre las calles de tierra y yo cada tanto la miraba a mi mamá. A lo mejor era más fácil empezar por ella. Pero estaba tan en otra cosa. Tan en lo de mi hermana, en lo de Ernesto. Yo qué sé. No sabía por dónde empezar.

Además no estaba en los planes de nadie que el que causara un problema fuera yo, así que... Ni a Jopo —al final— me animé a contárselo. Me daba tanta vergüenza...

Cuando llegamos a la unidad empecé a sentir que me temblaban las piernas. No sé por qué, pero presentía que algo se estaba por pudrir. No sé... Ibamos ese día después de no aparecer por tres semanas. El ambiente parecía denso.

Sabía que cualquier palabra de más podía romper la buena relación con mi papá. Y eso de repente me

dio tanta bronca que hasta para ponerlo a prueba hubiera querido largar el rollo.

Entramos en el salón de visitas. El tardó un poco en llegar. Mientras, mi mamá aprovechó para suspirar unas cuantas veces, observar las caras nuevas, saludarse con los de siempre y murmurar —mitad para adentro y mitad para que se escuchara— “Qué-vaser”.

Mi papá apareció con la barba crecida de varios días. Medio despeinado, arrastrando los pies. No preguntó nada. Se acercó despacio, me dio un beso en la mejilla y se sentó. Entonces cruzó las manos entre las piernas y se puso a mirar para abajo. Mudo.

Mi mamá hizo como si nada y empezó a preparar el mate.

Yo no había llevado la carpeta para hacer los deberes así que me quedé ahí callado también.

La única que tomó el mate fue mi vieja. Mi papá, nada. Se quedó como estaba mientras ella le contaba cosas del barrio, que se había roto la plancha (mirá de lo que me acuerdo), lo caro que estaba el pollo y otras cosas por el estilo.

En realidad, lo de siempre. Pero hablaba sola.

Mi papá no abría la boca. Seguía mirando para abajo, y cada tanto para el frente. Medio perdido.

A mí me dejaron de temblar las piernas y la bronca que tenía se me fue convirtiendo en lástima. Me dio una pena...

Bueno. No es que la rabia se me hubiera ido, pero la había empezado a sentir contra mi vieja: no paraba de hablar. Hablaba, hablaba, hablaba...

No. Yo no digo que esté mal hablar. Pero si tenés algo que decir ¿no te parece?

De repente mi papá se paró. Se estiró... yo qué sé. Se desperezó como sacándose la modorra, y a pesar de que faltaba bastante para que se terminara el horario de visita nos saludó así nomás y empezó a caminar para donde estaba el guardia que lo iba a

acompañar a la celda. Dio unos pasos y retrocedió. ¿Cómo está Patricia?, me preguntó a mí. Y como mi mamá iba a contestarle, él se volvió a dar vuelta y siguió caminando para donde estaba el guardia. El tipo lo agarró del brazo y se perdieron de vista.

Mi mamá guardó el mate, las galletitas y, haciéndose la disimulada, me dio un empujoncito y nos fuimos.

Tomamos el colectivo para ir a casa como siempre. Pero me acuerdo que lo tomamos vacío porque era temprano. No manejaba Jopo. Una lástima. Me hubiera ido adelante con él.

Cuando nos sentamos, mi mamá se acomodó el bolso y la cartera durante diez minutos por lo menos y, mirando por la ventanilla, me dijo (o le dijo al aire, no sé): "Encima de lo que hizo, ahora él es el ofendido. Lo único que faltaba".

Entonces yo aproveché para preguntarle qué hizo. Y ella me contestó: "Algo peor que robar". Pero cuando yo insistí con *qué* era peor que robar... listo. No me contestó más nada.

Claro que yo no iba a dejar que las cosas quedaran ahí. Y se la seguí. "¿Cómo lo descubrieron?", le pregunté.

Entonces me dijo que se había metido en un flor de lío con otros tipos. Que habían agarrado a uno y que ése había cantado a los demás. Y que estaba bien porque no había ninguna razón para que la mamá de muchos la pagara uno solo. Y que si hubiera sabido que mi papá andaba "en ésas", ella misma lo hubiera denunciado. Y si no denunciado, lo que sí hubiera hecho es abandonarlo. Que se hubiera ido de casa con nosotros.

Que la agarró de sorpresa, dijo. Y que entonces le pareció mal dejarlo cuando ya estaba jodido. Pero que nunca se imaginó que el asunto fuera tan largo y que al final para qué.

XXVII

Patricia largó el colegio cuando yo terminé sexto grado.

No, el que tuve que repetir, el primero.

Estaba dando exámenes. Llegó a casa, tiró los libros contra la pared y gritó que nos fuéramos todos al carajo.

Nunca me voy a olvidar la respuesta de mi mamá. Escuchá esto: "Pero ¿qué pasa? ¿Se pusieron de acuerdo para destruirme?"

Fue perfecta. Bueno, a mí me pareció perfecta porque eso yo lo había sentido un montón de veces. Y que lo dijera ella, ni más ni menos que ella. Me di cuenta de muchísimas cosas. ¡Bah! De una, pero importante: que ni Patricia ni yo nos habíamos puesto de acuerdo para destruir a nadie. Estábamos tan metidos adentro de nuestros propios problemas que si mi vieja se destruía o no, nos importaba un pepino.

Fue el descubrimiento del siglo: nadie se confabulaba contra mí para jorobarme la vida ¿te das cuenta? Si los demás hacían lo que hacían era porque estaban en la suya y chau.

¿Eh? ¡Ah! No. Claro que no fue de golpe lo de Patricia. Ya a mitad de primer año empezó con que quería trabajar de ayudante en una peluquería. La del maricón de acá a la vuelta. El colegio no le gustó de entrada. No hubo caso y según ella no le sirve para nada.

Capaz que tiene razón. A mí me parece que el secundario es complicarse. Que el estudio, que las faltas, que gimnasia.

En realidad la situación de mi hermana era bastante espantosa para todo eso. A ella la jodía mucho lo de mi papá. Para mí es diferente.

Pasó primer año porque Dios es grande.

Segundo, directamente fue una desgracia. Se llevó todas.

Empezó a estudiar para rendir las materias más o menos a punta de pistola. No, mi vieja.

Hay que reconocer que en eso, Ernesto ayudó bastante. En darle una mano con algunas materias, digo. No sé si sabía demasiado, pero cuando Patricia se entregaba, él le daba ánimo.

Lo que pasa es que, como te dije, para esa época se estaban pudriendo muchas cosas, no una sola.

Mi mamá no iba a la cárcel todos los domingos.

Eso a mi hermana la ponía mal. Decía que quería ver más seguido a mi papá. Y la verdad es que cuando iba, no le daba ni cinco de bolilla porque se había copado con el hijo de un tipo que también estaba preso hacía cualquier cantidad. Y para siempre. Sí, con Carlitos. ¿Ya te conté?

Para qué. Cuando se metió con el pibe se armó un desastre infernal. Mi papá hizo un escándalo tan grande que si hubiera estado en la calle creo que mataba a alguien y lo volvían a meter en la cárcel.

No. Qué me va a causar gracia... aunque decíme si no es ridículo. Cuando mi pobre hermana y Carlitos aparecieron de la mano en la unidad, mejor dicho, en el salón de visitas y ante los ojos de todo el mundo, mi vieja los vio y enseguida le comentó la novedad a mi papá. Así... como quien no quiere la cosa.

Entonces a mi viejo le empezaron a cambiar los colores de la cara. Y se largó a gritar como un descosido. A mi mamá. A gritarle que estaba loca. Que

cómo no se ocupaba de las amistades de Patricia. Que él no iba a permitir que su propia hija anduviera mezclada con el hijo de un delincuente. ¡De un delincuente!

¿Mi mamá? Sí, trató de decir algo. Pero se puso tan nerviosa que ni aire le salió de la boca. Guardó el mate, me agarró a mí, a mi hermana y... Nos fuimos rapidísimo.

Patricia lloró todo el camino de vuelta. Puteó a mi viejo —me parece— por todos los años que se la aguantó.

Y ahí mismo, en cuestión de días, mandó los exámenes al diablo.

Se metió nomás como ayudante de peluquería. Y recién volvió a visitar al viejo un poco antes de que lo largaran.

Con Carlitos se siguió encontrando, más bien.

Le escribió una carta larguísima que yo le llevé en secreto a la unidad, la primera vez que volvimos a ir después del desastre. Ella no fue. La verdad que cuando mi hermana me dio la dichosa carta, tuve bronca. Sentí que me metía en un lío. Con el ambiente que había, lo único que faltaba era que me descubrieran a mí de casamentero. Pero después de la primera vez en que todo salió bien, el asunto me empezó a gustar. Al fin y al cabo, era la aventura más interesante de esos domingos. Lástima que fueron pocos, porque cuando empezaron a encontrarse se terminaron las cartas. ¿Lo mío? Una pavada. Mi papá se enteró de que yo repetía después de lo de mi hermana, así que te podrás imaginar la bolilla que me dio.

La culpable de todo pasó a ser Patricia y yo pude dejar de ser la joyita de antes, casi sin que se dieran cuenta al principio. No, sin que ellos se dieran cuenta. Porque no tener que hacer mérito en nada, para mí fue un alivio. Y además por primera vez me sentí muy hermano de mi hermana.

Si lo hubiéramos planificado, capaz que no nos salía tan bien. Pero la verdad es que a partir de esos días nos hicimos íntimos.

XXVIII

Pudimos hablar un montón. Y ahí me enteré que ella tampoco sabía exactamente qué había hecho el viejo.

Igual se me aclararon algunas cosas. Para empezar lo de Ernesto. Más bien que yo había sospechado algo, pero Patricia me lo confirmó. Dijo que a ella lo que le daba más bronca era que mi papá no supiera nada. Ahora que lo pienso, mirá lo que son las cosas: a pesar de que mi hermana no lo quería ni ver por el lío que le había armado con Carlitos, en el fondo lo defendía. A mi papá. Lo defendía a muerte.

Ella decía que no sólo le daba bronca que no supiera nada, sino que además nosotros estuviéramos en el medio.

Perdonáme, pero estábamos. Claro que estábamos. Porque, por alguna razón, en la cárcel ninguno mencionaba a Ernesto.

Y eso también era lo que nos preguntábamos, imagináte. Qué iba a pasar cuando él volviera a casa. Es que te juro que había momentos en que uno ya no sabía si querer o no que lo dejaran en libertad. Mi mamá ni hablaba del asunto, como si eso no fuera a pasar nunca. Y ya ves...

Tampoco hablaba con nosotros de Ernesto.
¿Ahora?

¡Ah! No sé. Nadie sabe. Pero el aire se corta con tijera. Mi sensación es como de estar caminando sobre un puente de humo.

XXIX

¿Qué pasó con qué? ¡Ah! Sí. Un día alguien se dio cuenta de que yo había cambiado. Y ése se convirtió en el tema preferido de mi tía, de mi vieja y hasta de Ernesto, que ya opinaba como uno de la familia.

Qué sé yo. Decían que me había cambiado la mirada. Que en vez de hablar, gruñía. No sé. Que desde que había repetido el grado me había cambiado el carácter. Que ya no era prolijo ni buen alumno. Que no se me podía pedir un favor...

Decían tantas cosas que ya ni me acuerdo.

Lo que sí me acuerdo (y de eso por suerte me di cuenta enseguida) es que tanto hablar de mí fue la mejor excusa para no hablar de otra cosa. Porque cambiar, lo que se dice cambiar, en realidad habían cambiado todos. Y de eso se hacían bien los idiotas.

No, pobre. Ella no.

Las cosas de Patricia ya habían dejado de ser novedad y hasta creo que mi mamá prefería que estuviera ocupada en un trabajo. Además aportaba algo de plata.

Mi tía Negra había empezado a venir a casa más seguido que nunca. Hasta con la abuela hizo las paces mi mamá. Ella era la más cambiada.

No. Mi abuela no.

Mi mamá.

Lloraba por cualquier cosa y se quejaba de todo.

Y eso que trabajaba menos. A la cárcel iba cada muerte de un obispo.

Además nosotros éramos grandes, así que salía bastante seguido con mi tía y Ernesto.

Ahora que lo pienso, nunca la vi salir sola con Ernesto. Y cuando él estaba en casa, no sé... a veces se las daba de padre.

Un padre sin hijos, claro. Porque a Patricia le venían ganas de vomitar cada vez que él intentaba darle una orden. Y yo, más o menos era una tumba.

Pero nunca me cayó del todo mal Ernesto. De verdad. Más bien, al revés.

Ni siquiera cuando los vi. Fue una noche que me desperté porque me dolía el estómago. Como llamé a mi vieja y ella no me escuchó me empecé a levantar de la cama para ir al baño. Patricia me dijo que me quedara quieto, que no fuera a ninguna parte. Pero me estaba haciendo encima, así que salí de la pieza y los vi. ¡Bah! En realidad los escuché: la pieza de mis viejos estaba con la puerta entrecerrada. Yo pasé y de repente los dos se callaron. Sí, le reconocí la voz, pero me hice el tarado.

Cuando volví a mi cama Patricia lloraba. ¡Putas de mierda!, decía. ¡Ya van a ver cuando venga papá!

A Jopo se lo conté todo. Con pelos y señales. Y aunque te parezca mentira se tiró contra Patricia. Se puso totalmente del lado de mi mamá. Dijo que después de todo ella era una mujer joven y hacía mucho tiempo que estaba sola.

Para mí fue rarísimo. Pero lindo. Yo lo había ido a buscar a la casa para desahogarme un poco. Con lo que había visto la noche anterior la verdad estaba confundido.

Jopo todavía estaba durmiendo. Me abrió la puerta en pijama, me hizo pasar y lo esperé hasta que se vistiera. Un siglo.

No. No vi nada raro. La madre dormía.

Apenas salimos a la vereda le dije: parece que mi mamá es una puta. Y él me dijo: la gente dice que la mía también. Entonces nos reímos un poco hasta que le conté lo que había pasado.

Pero lo más importante vino después. Me invitó a que almorzáramos juntos porque ese sábado empezaba a manejar a la tarde.

Nos fuimos caminando hasta La Boca. Yo no conocía el puerto y eso que los barcos siempre me gustaron. No sabés... Las casas pintadas de todos colores... Fuimos a conocer la calle Caminito. No, yo. Él ya la conocía. ¿Escuchaste la canción? "Caminito que el tiempo ha borrado"... Es lo único que me acuerdo.

Anduvimos por ahí charlando hasta por los codos. Nos contamos un montón de cosas.

Qué sé yo...: le pregunté si él alguna vez había tenido relaciones sexuales. Y le agarró un ataque de risa. ¿A vos qué te parece?, me contestó. Y entonces me dijo que me iba a presentar a "su chica". Él no dice novia. Mi chica, dice.

Pero no la llegué a conocer porque se pelearon. Y a partir de ahí Jopo se puso peor que nunca con la idea de irse.

Fuimos a un restorán viejísimo. Bodegón no sé cuánto. Sólo para valientes, porque daba la impresión de que en cualquier momento se te cruzaba una rata.

Comimos como duques. Con vino y todo.

Después me llevó a un boliche donde las mesas eran chiquitas y había tipos jugando a las cartas y tomando cerveza con maníes y papas fritas.

Ahí me convencí totalmente de que iba a ser colectivo. Me pareció genial ver cómo se divertían esos tipos. Porque ése era el bar del 53. Donde paraban los choferes de la línea 53. Es uno celeste que va desde La Boca hasta no sé dónde. Jopo se saludó con dos viejos.

Pero ¿cómo? Si yo te dije que había pensado en ser chofer de colectivo. Y me duró bastante. Por lo menos hasta que me dio el ataque de hacerme política.

A eso de las tres, Jopo me dijo que tenía que ir a trabajar. Era tardísimo. Para él, por el colectivo. Para mí, porque no había avisado nada.

Me dejó en la puerta de mi casa y se fue a los piques.

Y ¿sabés? Cuando iba a entrar me di cuenta de una cosa: que mi papá también hacía un montón de tiempo que estaba solo. ¿Entonces?

¿Dar libre para salvar el año? Ni loco. Todo lo contrario. Si cuando empecé sexto de nuevo sentí un alivio... Como si hubiera pagado la culpa de una vez por todas. Como si se hiciera justicia.

Mis nuevos compañeros sabían muy poco de mi vida. Capaz que si me hubieran cambiado de colegio hasta decía la verdad.

Bueno, está bien. Los otros tampoco sabían demasiado. Pero tenían muchos datos y entonces cualquier pregunta era como profundizar ¿entendés?

Los nuevos me empezaron a tratar como lo que yo era: el bestia que había repetido. La maestra también. Te darás cuenta que con semejante imagen no tenía que hacer ningún esfuerzo para quedar bien con nadie.

Jopo fue el único que me alentó. Es que él siempre decía que me iba a sentir mejor con otros chicos. Qué sé yo.

Los demás decían que repetir era una vergüenza. Mi papá, por ejemplo.

¡Ah, sí! Porque después de estar hecho un zombi no sé cuánto tiempo, de repente se dio vuelta como una tortilla y le vino un ataque de padre y esposo modelo. Nos empezó a planificar su libertad: el funcionamiento que iba a tener la familia cuando él saliera de la cárcel. Nadie lo podía creer: proyectos, órdenes, instrucciones. Todo desde adentro.

La cosa es que el grado nuevo me vino al pelo. El único drama fue cuando María de los Angeles me invitó a su cumpleaños y me reencontré con todos los pibes que ya estaban en séptimo. Y, sobre todo, vos. Mirá vos: la que vino a ocupar mi lugar.

Me acuerdo que estabas un poco perdida. Todavía eras la nueva, pobre. Y yo me sentía como sapo de otro pozo. Así que la verdad es que nos vinimos de primera. A los dos nos sirvió para tener a alguien con quien hablar. ¿O me vas a decir que la estabas pasando bien?

¡Cómo me gustó tu vestido! El azul, ¿te acordás? Bueno, celeste. No importa.

Y me acuerdo que te serví coca en el vaso ese que tuviste en la mano todo el tiempo que duró la fiesta. Y que en un acto de arrojo (porque a tímidos no sé quién ganaba de los dos) me preguntaste si yo era el famoso Fernando. "Famoso". Peor palabra, pobrecita, no se te pudo haber ocurrido. Pero vos qué sabías... ¿O sí sabías? Lo del gorrito...

Me enamoré hasta el cuello.

No me voy a olvidar nunca, que cuando volví a ver a Jopo le conté de vos todo lo que se me ocurrió. Y le dije —le aseguré, mirá— le juré que cuando fuera grande iba a ser policía para que no te asustara estar conmigo. Para que cuando te enteraras quién era yo, no tuvieras que preocuparte por nada.

Me volví loco, loco loco. Me acordé ochocientas cincuenta veces de la escena de servirte coca y de la conversación que tuvimos y que no debe haber pasado las diez palabras ¿no? Fue impresionante cómo de golpe empecé a usar de nuevo la cabeza para imaginarme todo. No sabés la cantidad de cosas que pasaron entre nosotros, antes de que en la realidad pasara algo.

La realidad, claro.

Bueno, por lo menos en este caso, la realidad fue mejor que todo lo que me imaginé.

Jopo no dijo nada en el momento. La dejó pasar. Pero como yo la seguí... Con que iba a ser policía ¿viste?, empezó a largar de todo.

¡Unos cuestionarios!...

“¿Hubieras metido preso a tu papá?” “¿Serías capaz de matarme si me vieras robando?” Y dale y dale y dale.

Al principio yo no le hacía caso. Lo mandaba a freír churros. A mí, lo único que me importaba era convertirme en una persona que te diera seguridad. Yo quería contarte todo, pero siendo otro. Alguien que no diera miedo. ¿Entendés?

¿Te acordás el susto que te pegaste cuando me aparecí por atrás y te tapé los ojos? ¡Cómo me arrepentí! Menos mal que tenía ese alfajor que te regalé. Quedé como un príncipe ¿no? Siempre me imaginaba que te iba a regalar un alfajor en algún recreo. Pero nunca supuse que me iba a zafar de esa manera.

Más vale: para mí fue un acto heroico.

Al principio no le di bola. Pero después (no hace mucho, no creas) empecé a entender algo de lo que Jopo me había querido decir.

Tenía razón: me hiciera o no me hiciera cana, siempre iba a ser el hijo de un preso. Bueno: de un tipo que había estado en la cárcel.

Es lo mismo. Eso ya no tiene solución. ¿Y al final de cuentas me querés decir qué culpa tengo yo? Jopo decía que lo más importante era que yo tenía ganas de contar la verdad. Insistía con eso. Se ve que el que quería contar algunas cosas era él.

Y así fue. Porque un día que estábamos caminando lo más panchos, largó el rollo. Dijo que había tenido noticias de su papá. Que vivía en Chile desde hacía un montón de tiempo. Y que él ya casi tenía juntada la plata para viajar.

No se despidió así del todo, digamos. Hace dos meses recibí una carta de él. Y no, no lo volví a ver.

Tres domingos atrás más o menos.

Hacía como seis meses que pensábamos que era la última vez que íbamos. Porque eso era lo que decía mi papá, que ya había cumplido la condena y entonces podían dejarlo libre de un momento a otro.

¡Pobre!

Mi mamá estaba en cama con una infección en los riñones. Todavía no se sabe si la van a operar o no.

Fuimos Patricia y yo solos y nos dejaron entrar. También... nos conocían hasta las moscas. Dicen que tuvimos suerte porque en tantos años mi viejo se salvó de todos los traslados. ¡Una suerte!... Si lo nuestro fue suerte no quiero pensar lo que es la desgracia.

No. Ninguna diferencia. Estaba ansioso, nada más. Pero ése ya era su estado común. Estaba como tonto, no sé. Hacía planes, planes, planes... Nosotros lo mirábamos, qué sé yo. En alguno de los delirios nos enganchábamos. Pero...

Llegó a casa el lunes a la tarde. Ni más ni menos: al día siguiente de nuestra última visita.

No lo esperaban ni los perros. Mi mamá había ido al médico con mi tía. Patricia estaba en la escuela (empezó a estudiar peluquería además de trabajar) y yo, por ahí, como siempre.

Le habíamos dejado la llave desde hacía como un año, así que pudo entrar sin problemas.

La primera que llegó fue mi hermana. Dice que lo encontró sentado frente a la televisión apagada. Con el bolsito al lado.

Y que al principio se asustó. Ella. Porque no esperaba encontrar a nadie: hacía rato que Ernesto ya no aparecía por casa.

Ah, no sé. Hasta ese día mi vieja salía bastante seguido. Capaz que se veían en otra parte.

Después llegaron mi mamá y la Negra.

El último en caer fui yo. ¡Qué recibimiento! La familia en pleno.

A Jopo le habían puesto Jopo en el trabajo. Por el jopo.

Se llama Hugo. Las cartas las firma Hugo.

Acá el patrón lo trataba bastante bien porque decía que él no era tan bruto como los otros choferes.

No. Eso no me lo contaron. Lo escuché una vez que fui con él hasta la terminal para acompañarlo a cobrar.

Yo le sigo diciendo Jopo. ¡Bah!, así le pongo en las cartas. Sí, le escribo siempre. Y le mando dibujos. No, nada que ver. Ahora dibujo para ahorrar palabras, porque hay cosas que son difíciles de explicar. Entonces un dibujo te ayuda, qué sé yo.

Bueno... A ver... Seguramente cuando le cuente que estuve hablando con vos, le voy a mandar un planito del lugar donde estamos sentados. Por ahí le dibujo la plaza y le ubico exactamente este árbol. Ese banco, tu cara, no sé.

Pero bueno. Me acuerdo que cuando el patrón dijo que Jopo no era tan bruto como los otros a mí me dio una bronca bárbara. Porque había otros tipos. Otros choferes. Y bien que lo escucharon. Claro que se dieron cuenta, pero no. Ni siquiera se mosquearon. Más bien me dio la impresión de que a Jopo lo tenían por acomodado.

La verdad es que Jopo era piola. ¡Nada que ver con el acomodo! El sabe muchas cosas porque le

gusta leer. Yo siempre lo vi leyendo. La mamá escribe poesías. Y aunque nunca le publicaron un libro, ella junta las hojas donde pasa sus versos con una letra reprolija, corta unos cartones para hacer las tapas, escribe títulos con colores, le hace dos agujeritos con una perforadora y, al final, pasa una cinta roja para unir todas las páginas.

La casa está llena de esos libros. Hay uno con un moñito azul que le escribió a Jopo cuando era un bebé.

No sé quién convenció a Jopo de que su papá estaba en Chile. A mí nadie me saca de la cabeza que alguien le dio esa información a propósito para que se fuera. Estoy seguro y no sé qué hacer.

Igual, lo que me tiene peor es su última carta. Me cuenta con lujo de detalles que cree tener la pista de dónde encontrar a su papá. A mí. ¡A mí! Como si yo no supiera lo importante que es tener a alguien que conozca tu historia. Si al fin y al cabo él fue (bueno, es) mi mejor amigo. Por muchas razones, pero sobre todo porque siempre supo que yo era el hijo de un preso.

Y resulta que ahora no sólo me miente sino que además me deja con la duda: ¿sabía o no sabía quién era su patrón antes de irse? ¿Lo sabe y se está haciendo el estúpido conmigo, o no lo sabe y en vez de una carta me escribió un cuento? ¿Qué mierda le pasa?

Porque la otra noche yo vi cuando el infeliz ese entraba a la casa de Jopo. No. No estaba espiando. Andaba por ahí porque sí. Y entonces toqué el timbre para que alguien me contestara algo... No sé por qué toqué el timbre. Y la mamá de Jopo se asomó, sonriente pobre, como siempre, como si nada... bueno, un poco triste. "¿Qué hacés?", me preguntó. Yo suspiré nada más. Y ella me miró fijo. Te juro que habló con los ojos. Y después con la boca agregó: "Por favor, si entendiste algo, a Jopo no se lo digas. Esa fue mi promesa para que él naciera".

Nadie sabe exactamente en qué momento empieza la última vez de algo. Por lo menos mientras las cosas están pasando, ¿no?

Lo que es yo, no tengo la menor idea de qué va a ser de nosotros cuando termine de contarte todo. Y, en realidad, eso es lo único que me importa y que todavía no es pasado.

Aunque falte tan poco, diez minutos para el timbre de salida.

Pero ésa es otra cosa. Porque hoy en algún momento va a ser la última vez de algo entre nosotros.

¡Pará! No te estoy echando. Al contrario ¿no entendés?

No quiero que te vayas a ninguna parte. Lo que pasa es que estoy tan asustado que no me animo a terminar de hablar y doy vueltas y vueltas. Y la historia se acaba. Porque lo único que me queda para decir es que de aquí en adelante si seguimos juntos... bueno... ya sabés.

Vos estás en segundo... yo en primero. Capaz que me metí en el secundario nada más que para no perderte de vista. O para llevarle la contra... No sé, a la desgracia.

Porque a pesar de los quilombos no me fue tan mal que digamos y no sé si tengo ganas de abandonar el colegio.

La cosa es que hasta ayer pensaba que en una de ésas te jodía salir conmigo porque yo estoy más atrasado que vos.

Ahora creo que por ahí te jode más por todo lo que te acabo de contar. Y no voy a ser policía. Ene o.

¡Qué mal me siento, carajo! El salió y nosotros nos quedamos adentro. Una vez mi hermana estaba viendo una novela por tele y dijeron una frase que a ella le debe haber impactado bastante porque la repitió veinte mil veces haciendo representaciones teatrales frente al espejo. Se miraba de costado, movía la cabeza y decía: "El pasado es una cárcel, amor mío". Y con el brazo se tapaba la cara como... qué sé yo. Como despidiéndose de alguien que debía estar del otro lado del espejo.

Por suerte ya está bien enganchada en su trabajo de la peluquería y el teatro se le borró de la mente.

Debe estar sonando el último timbre. Quiere decir que ya van más de cuatro horas que estoy hablando sin parar.

Si ésta fue la primera vez que te hiciste la rata, no creo que te queden muchas ganas como para probar de nuevo...

Te aseguro que son más divertidas. Cada tanto yo me rajo.

La última vez (hace dos días) fui a la casa de Jopo a ver si la mamá tenía novedades de él. Dijo que sí. Que Jopo había conseguido un trabajo. Que al menos ella creía eso, porque le había mandado un poco de plata y le escribió que, en cuanto pudiera, iba a ver qué hacía por el pibe para llevárselo a Chile con él. El pibe soy yo. Yo le hice jurar, antes de que se fuera, que me iba a llevar a un lugar donde pudiera empezar todo de nuevo sin ningún conocido alrededor.

Pero todo eso fue antes de lo que te conté que vi en lo de Jopo. De lo que me enteré. De la carta que él me escribió... De esta charla. ¡Cómo podíamos saber que me iba a querer quedar aquí por alguien!

Aunque todavía no sé qué vas a hacer conmigo, después de todo.

Por mi parte tendría que decirte: se acabó, terminé... Pero te juro que seguiría alargando el pasado con tal de que no llegara el momento de tu decisión.

Sí, Alejandra, cualquiera es una decisión. Que no digas nada también. Y todo lo que te dije esta mañana, también. ¿O creés que no me hubiera resultado más fácil comentarte, como al pasar, que hace unos días mi viejo volvió de viaje y listo?



SILVIA SCHUJER

Nació en Olivos, provincia de Buenos Aires. Cursó el Profesorado de Literatura, Latín y Castellano y asistió a numerosos cursos de perfeccionamiento en el área de las Letras. Fue directora del suplemento infantil del diario *La Voz* y realizó colaboraciones en distintos medios gráficos. Ha desarrollado una importante labor orientada a los niños en la Secretaría de Derechos Humanos del gremio de prensa y ha sido coordinadora general del Departamento de Promoción y Difusión de Libros para Chicos y Jóvenes de Editorial Sudamericana.

En reconocimiento a su labor literaria ha recibido numerosos premios y distinciones. Entre otros, el Premio Casa de las Américas 1986 por su obra *Cuentos y chinventos* y el Tercer Premio Nacional de Literatura por *Las visitas*, otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires, 1995. *Las visitas*, además, integró la lista de honor IBBY en 1994.

Entre sus más de cuarenta obras publicadas se encuentran: *Oliverio*, *Juntapreguntas*, *Puro huesos*, *La abuela electrónica*, *Canciones de cuna para dormir cachorros*, *Pasen y vean -canciones del circo-* y, en Alfaguara, *El tren más largo del mundo*, *Mucho perro*, *Las visitas*, *La cámara oculta* y *El tesoro escondido*.

Muchas de sus obras fueron traducidas a otros idiomas.

DESDE **12** AÑOS

Las visitas

Silvia Schujer

Ilustración de cubierta Pablo Bernasconi

Las visitas es una novela para jóvenes de hoy. La mirada del protagonista parte de la ingenuidad infantil y llega a los más ásperos descubrimientos: el padre preso, la nueva pareja de la madre, el mundo ajeno y a menudo doloroso de los mayores. Y la difícil experiencia de crecer aprendiendo a ver la realidad tal cual es.

Esta novela fue incluida en la Lista de Honor del IBBY, en 1994.

ALFAGUARA

JUVENIL

ISBN 978-987-04-0110-0



9 789870 401100